

77

Marta Santaolalla
Luis Peña
Mammel Luna

Los Millones de Polichinela



MONTEFERRATE



MONTEFERRATE

Josep de Balle Gurgui

ACUEST LLIBRE
ESTÀ EXEMPT DE
PRESTEC



LOS MILLONES DE POLICHINELA

Josep de Batlle i Surroca

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

SÉRIE PRODUCCIÓN ESPAÑOLA

Director: FRANCISCO-MARIÓ BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 bis - Teléfono 18841 - BARCELONA

Los Millones de Polichinela

Delicioso asunto, juvenil y ameno

Argumento, Guión, Diálogos y Dirección

GONZALO DELGRÁS



CIFESA - PRODUCCION 79 (MILLONES) DEL

R. 4781

SERVEI DE CINEMATOGRAFIA
ARXIU D'AUDIOVISUALS DE LA
GENERALITAT DE CATALUNYA
BIBLIOTECA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PERSONAL TÉCNICO

Ayudante de dirección: Antonio Sau Olite
Guión técnico: G. P. Delgrás
Cámara: Guillermo Golberger
Ayudante de cámara: Pedro Rovira
Jefe de producción: Joaquín Cuquerella
Dirección musical: Maestro Azagra
Ballets: Sacha Goudine
Decorados: Gosch
Realizador decorados: Bronchalo
Modista: Rodríguez
Ingeniero de sonido: E. de la Riva
Montaje: Biadiu
Estudios: Trilla-Orphea
Laboratorio: Cinefoto

INTERPRETES

MARTA SANTAOLALLA
MARGARITA ROBLES
María Luisa Gerona
Señora Reyes
Camino Garrigó
Isabel de Pomés
Felisa Torres
Catalina Feliu
LUIS PEÑA
MANUEL LUNA
MANUEL GONZÁLEZ
Manuel de Juan
Pablo Hidalgo
José María Lladó

LOS MILLONES DE POLIGHINELA

Argumento de la película

CAPITULO PRIMERO

Alegrías de colegiala

Se anima y vive el Internado a primeras horas de la mañana; como una alegre colmena, empieza su runruneo y actividad al oír los tres golpes de campanilla que en el pasillo de acceso al amplio dormitorio general hace resonar diariamente, con exactitud matemática, una de las profesoras.

Como reguero de pólvora corre la advertencia de unas alumnas a otras:—“¡Las siete!, ¡Las siete!”.

Y el incorporarse, el echar pie a tierra y el calzarse las zapatillas,

mientras al fondo del salón aun resuenan los avisos de la hora.

—¡Las siete!

—¡Las siete!

Josi quedó dormida, y hubo que gritarle más fuerte:

—¡Las siete!

—¡Las siete!

Despertó al fin, y oyó vagamente lo que le decían sus compañeras; pero aquellas palabras parecían no tener para ella significado alguno, por cuanto arrechujándose de nue-

vo entre las sábanas se limitó a contestar:

—Bueno. Y a mí, ¿qué?

Toti, que ocupaba la cama contigua, dió un salto toda asustada.

—Mujer, que hoy viene el director a presenciar las clases.

Con la cabeza apretujada a la almohada, seguía Josi defendiendo su derecho a no perder el bienestar que la permanencia en la cama podía proporcionarle.

—Pues por eso. Para el bonito papel que voy a hacer, prefiero seguir durmiendo...

Arrodillada al borde de su lecho, Toti seguía llamándola.

—¿Pero, qué va a ser de mí si tú no vienes?

Ante esta simple pregunta, Josi se incorporó, arrodillándose también al borde de la cama, frente a Toti.

—Es verdad. Perdona, chica. No me acordaba de que tú sí puedes y necesitas aprobar.

—Gracias a tí... que si tú no me apuntaras, ¡menudas calabazas me daban!

Josi sonrió con benevolencia y cariño hacia su traviesa y torpona amiga, a la que hacía ganar buenas notas gracias a su ayuda constante y decidida en todo momento.

—Así tú contestas a todo lo que

yo sé y no me conviene contestar, y te callas...

—Todas las tonterías que se me ocurren. Cuidado que estudio, pero soy más torpe...

Toti comenzó a hacer pucheros, y Josi fué consolándola con palabras sencillas, puestas a la altura de su entendimiento y dichas con afecto extremado y suave de una hermanita mayor.

—No crosses, Toti, que a mí también me está resultando más difícil de lo que creía aparentar que no sé nada.

—¡Con lo fácil que a mí me sería!—le atajó Toti con graciosa gravedad.

—El caso es aprobar. ¿Qué más te da que sea por lo que tú sabes o por lo que yo sé? Al final nos va a servir a las dos para lo mismo... ¡A ver, chicas!—gritó poniéndose de pie sobre la cama—. ¡Fuera pereza! A refrescar, que hoy hay que tener la imaginación bien despierta...

Todas las alumnas la imitaron: sus pyjamas claras, del mismo color y hechuras, contrastaban admirablemente en aquel coquetón dormitorio. Situado sobre el ala izquierda del edificio, lo formaba una amplia rotonda de cristales que tamizaba su luz con persianas corredizas. Todo era blanco, infan-

til, y con regusto novelero y encantador.

José siguió ordenando:

—¡Yámoos allá! ¡A la una!...
¡A las dos!...

Las muchachas, de pie al borde de cada cama, se dispusieron a tirarse de ellas como si fueran a tirarse al mar. Pero si no tenían para su regalo tan caro entretenimiento, gozaban al menos, en el punto más soleado del frondoso jardín que circundaba el colegio, de una espaciosa piscina. Y cambiando el pyjama por el "maillot", José, que parecía ser la capitana de aquella grey femenina, terminaba su arenga:

—¡Y a las tres!

Como una tromba se arrojaron todas al agua, empezando a nadar y chapuzar con extremado regocijo.

Una de las profesoras atendía a su cuidado, repesando al propio tiempo el prontuario de las lecciones del día, y acertando a pasar por allí la directora, la previno:

—Tenga usted cien ojos con las educandas, y más aún con nuestros vecinitos.

Aquellos vecinos a que se refería la señora directora eran los alumnos del Colegio de Guardias Marinas que colindaba con el In-

ternado; los cadetes, naturalmente, atraídos por la belleza y encanto de las educandas del Internado, hacían todo lo posible por verlas, comunicarse con ellas y trezar algún que otro hilillo de enamoramiento.

La profesora procuró defender su posición ante la superiora.

—Yo no puedo tener más cuidado, pero son muchos y muchas a buscarle a una las espaldas. Harían falta, no cien ojos, sino cien mil.

—Claro que no tienen ellos la culpa, sino la negligencia de sus instructores...

—Si se descuida usted, son ellas las primeras en mirar.

—Elevaremos una queja al jefe de la escuela—prosiguió la directora, sin parar mientes en aquella indicación de su subalterna—. Yo no creo que para ser marino sea muy buen indicio que empiecen a marearles nuestra piscina.

Se retiró la directora, y la maestra creyóse en el deber de acompañarla un trecho.

Tal vez algún cadete estuviera en sitio estratégico actuando de antena, pero el caso es que en tal preciso instante, sobre la tapia de cierre fueron apareciendo las cabezas de diez o doce, que empezaron a chistar a las muchachas y hacerles guiños.

—Fijaos, chicas, ¡ya están ahí! —advirtió una alumna en el grupo en que formaba Josi, y ésta respondió:—“Bueno; no miréis, no es correcto que admitamos sus bromas”.

Consecuente con sus palabras, echó a nadar de espaldas al grupo que las miraba, pero la vez de Mariví, al decirle que estaba también “su almirante”, la hizo volver rápida y saludar con la mano toda gozosa, saludo al que replicó de igual forma el titulado “almirante”, un guapo mozo que estaba el último en la fila de los cadetes mirones, y que entre sus compañeros le oímos responder por Arturo, nombre grabado en el corazón de Josi al fuego vivo del primer amor.

Mariví seguía intrigando en el grupo de bañistas.

—Oye: ¿les pedimos el balón?

—No, deja — contestó otra alumna—, ya lo tirarán ellos sin que se lo pidamos.

Otra más dijo:—“Mira, Toti, tu precioso cadete”.

—¿Qué graciosa! — replicó la aludida, mirando con todas a un cadete hizo que les hacía señas preguntándoles si querían el balón.

Varias chicas, igualmente por señas, contestaron que sí, y se vio desaparecer al bizzo para buscar el

balón con que satisfacer el deseo de sus amigas.

Mas ya avanzaba por el jardín recta a la piscina, y con cara de pocos amigos, seguramente por haber sorprendido el coloquio mudo que estaba produciéndose allí, la celadora de las educandas, gorda como una boya, a la que habían dado en llamarla hipopótamo.

Una alumna, nadando vigorosamente, fué avisando en todos los grupos:

—¡Atención!... ¡Hipopótamo a la vista!

Las alumnas dejaron de mirar a la tapia, nadando y repitiéndose una a otras: — “¡Hipopótamo!, ¡Hipopótamo!” al propio tiempo que los cadetes desaparecían también de la tapia, como movidos por un resorte, presintiendo la inminencia del peligro.

La profesora comenzó a pasear por el borde de la piscina, sin decir a las muchachas ni una palabra. Tal silencio dió nuevos ánimos a los cadetes, que poco a poco, y con gran precaución, volvieron a aparecer otra vez en su atalaya. Los rostros risueños de las chicas no podían ocultar el haber vuelto a ver a los cadetes y la alegría que aquel peligroso juego les proporcionaba.

Adivinó en el acto la celadora

a qué obedecían las satisfacciones y risitas de las educandas, y volvióse con rapidez para cazar "in fraganti" a los cadetes, pero éstos, ágiles, tornaron a desaparecer automáticamente.

La profesora, un poco escamada, siguió sus paseos observando cuanto ocurría en la piscina.

Mientras, llegaba con el balón el cadete bizzo, que no dió importancia alguna al hecho de que sus compañeros hubieran abandonado la trinchera. Escaló por su cuenta la tapia haciendo equilibrios para mantener la pelota de foot-ball, y empezó a preguntar por señas si la tiraba. Josi se atrevió a decirle con la cabeza que no, pero sus movimientos fueron sorprendidos por la profesora, llamándole la atención en el acto con un enérgico "¡señorita!".

Después se aproximó a ella cuanto le fué posible, inclinándose sobre la piscina para reprender mejor a la educanda.

—Se les ha dicho ya muchísimas veces que les está terminantemente prohibido hacerse señas con los cadetes. Es una incorrección intolerable, por no calificarlo de otra manera.

La filípica continuaba, y varias chicas, apartándose algo del grupo, entre risas y disimuladamente, hi-

cieron señas al cadete para que tirara el balón; éste, ni corto ni perezoso, lo lanzó con dirección a la piscina, pero el viento desvió su trayectoria, y cuando la profesora terminaba su amonestación con la pregunta:— ¿"pues a dónde iríamos a parar?" le dió de lleno en la nuca haciéndola caer al agua.

El autor del desaguisado desapareció de la tapia llevando dentro el consiguiente susto, y la no menos asustada profesora, braceando con más fuerza que un molino de viento en marcha, demandaba auxilio y gritaba sus improperios:

—¡Me ahogo!... ¡Sinvergüenzas!... ¡Granujas!...

El momento era de confusión y de responsabilidad terrible. Algunas muchachas saltaron a tierra, haciendo esfuerzos por sacar, ayudadas en la tarea por las que estaban en el agua, la pesada mole de la maestra.

—Veaga...

—¡A ver ahora!

—¡Es imposible!...

—¡Cualquiera la saca!

Marivi se fatigaba de tanto sostener su retroceso por la espalda.

—¡Pesa mucho!

Josi, como siempre, ordenaba:

—Tiremos de ella hasta llevarla a la escalera...

Tras un esfuerzo penoso de las

de arriba y las de abajo llegaron a la escalera de la piscina, y aun tropezaron con mil apuros más para sacar definitivamente a la profesora. Por fin lo lograron, sin más consecuencias que el chapuzón y un susto morrocotudo.

Al poco rato, aquel incidente servía de comentario general en el cuarto de aseo.

Las muchachas, vestidas ya con sus uniformas de colegialas, acababan de arreglarse ante el espejo, y cada una tenía su frase mordaz o su comentario irónico.

—¡Valiente hipopótamo!

—¡Era una boya flotante!

—Me parece que fué Arturo— dijo Marivi con ánimo de enzarzar todavía más la cuestión.

José protestó indignada.

—No es cierto. Fué ese bisco... Como la veía doble...

Rápidamente, buscando hacer gracia, intervino otra alumna:

—Se hizo un llo entre las dos y le dió a la auténtica.

—Debimos dejar que se ahogara...

—Yo hubiera tirado mejor a la directora.

—Yo a la de matemáticas.

—Yo a la de francés.

Totí, escuchándolas a todas, encontró una solución acertada, la

primera vez de su vida de estudiante:

—Claro. ¡Y así aprobábamos!

Aquella salida, tan sencillamente ingenua, causó la risa general, y desvió la conversación hacia otros temas al preguntarle una chica a Josi si ese día se divertirían también en clase.

—Pues claro — respondió la aludida.

—¿A que no te atreves delante del director?

—Yo me atrevo a todo.

Marivi comentó en voz alta:

—El mejor día nos expulsan del colegio.

Siguieron los comentarios entre las educandas, recordando los ratos deliciosos que pasaban por tantas y tantas travesuras como cometían unas y otras, y se entretuvieron imitando a las profesoras y algunas de sus contestaciones poco afortunadas en distintas asignaturas.

Totí, siempre menos firme que todas sus compañeras, confesó que bastantes veces tenía miedo de lo que pudiera ocurrirles.

—Yo en lo que más me divierto es en las matemáticas — aseguró una alumna; después se acercó con otro grupo de chicas a Josi—, pero no creo que se atrevan a preguntarte hoy. Te tienen miedo.

—Pues como me pregunten, os aseguro que se va a tener que reunir todo el profesorado para descifrar el camelo que les pienso colocar.

Un campanillazo insistente aglutinó todos los pensamientos y deseos.

—¡El desayuno! ¡El desayuno!

Y salieron en tropel las muchachas hacia el comedor, quedándose atrás Josi, aunque también corrió para no llegar tarde.

—¡A desayunar!

La maestra que aguardaba a la puerta del comedor, dejó de agitar la campanilla al ver aparecer a las muchachas, y pasó hacia dentro.

Las chicas corrieron aun con más ganas, pero al encontrar en el rellano que comunicaba con el comedor a otra de las profesoras, detuvieron su marcha para saludar:

—¡Buenos días, señorita!

Josi hizo también la misma operación y prodigó igual saludo:

—¡Buenos días, señorita!

Tan modesta de ademanes y con tal lentitud siguió su camino, que la maestra se la quedó mirando como diciendo para sí: "¡Pobre tonta!". Pero la tonta, que estaba espiándola de reojo, al verla desaparecer echó a correr nuevamente como una loca.

El comedor era una sala espaciosa, muy iluminada y alegre, dotada de mesas, cada una de las cuales servía para cuatro alumnas.

Las muchachas irrumpieron en el salón corriendo todavía, y atropelladamente fueron a ocupar sus mesas con gran algazara.

La celadora tuvo que llamarles la atención.

—¡Señoritas! ¡Señoritas! ¡Más compostura! ¿Qué modo de alborotar es ese? ¿Les parece a ustedes que es así como deben conducirse unas "educadas" bien "educadas"?

Si algo faltaba era aquella equivocación de la profesora; las chicas saltaron la risa a todo trapo, sin que bastara para contrarrestar la rectificación y el orden de la maestra.

—Digo, no... ¡al revés!... ¡Silencio!

A los pocos momentos entraba Josi en el comedor, saludando a la profesora con un mimo ingenuamente candoroso.

—¡Buenos días, señorita! Perdóneme...

—Muy bien, señorita de Hurtado — dijo la maestra—. ¡Lástima que no sea usted en todo lo mismo!

Josi, que ya había adelantado unos pasos en busca de asiento, volvió a su encuentro.

—¿Decía usted?...

La celadora le dirigió una mirada que era todo un poema.

—Nada, hija, nada. Que desayune, y a ver si el paseo la despeja un poco y no damos hoy el mitin en clase como todos los días.

Las muchachas que ocupaban las mesas cercanas, apenas podían contener la risa de escuchar a Josi.

—Estuve estudiando casi toda la noche. Yo creo que hoy irá todo bien.

—La creo lo primero, pero permitame que dude de lo segundo.

La ordenó con un gesto que se retirara, y Josi, apartándose de la profesora, pasó junto a la mesa donde tenía asiento libre para ella, fingiendo no verlo, y recorriendo varias en su busca; al fin, después de dar una vuelta completa, haciéndose la tonta, con el asombro natural de la maestra, volvió al punto de partida ocupando el sitio vacío, entre las risas de sus compañeras, particularmente de Toti que estaba en su misma mesa.

—¿Por qué la has engañado diciendo que te sabes las lecciones? Luego se enfadará más.

Josi respondió mientras untaba de mantequilla una tostada:

—¿Es mentira que yo estudio?

Las otras dos compañeras de mesa intervinieron en la charla.

—Pero no para ti.

—A Toti es a quien le aprovecha.

Josi tocó alarma al ver venir hacia ellas a otra profesora.

—¡Chist! ¡Miss "Espina" a la vista!

Quedaron todas silenciosas, comenzando con gran mesura, hasta que pasó junto a ellas la aludida—alta y seca—que las miró escamada.

—Están negras — comentó la alumna sentada a la izquierda de Toti.

—Como que no ha tenido ninguna gracia lo del remoión.

Aurora, avisando con el brazo a Josi, intervino:

—No seas hipócrita, Toti. Ya sabemos que el bizzo está por ti.

—¡Mientes!—respondió airada, señalando a su izquierda—. A la que mira es a ésta.

—Oye, oye... No me lo traspases, que a mí no me gusta. ¡Te mira a ti!

—No. Yo creo que es a ti.

—¡Callaos! — dijo Josi, poniendo los ojos bizcos—. Os mira a las dos.

Paulina lanzó un suspiro.

—A mí el que me gusta es ese otro moreno, alto...

La atajó Aurorita:

—Sí, pero a ése la que le gusta es Mariví.

Mariví, que ocupaba una mesa inmediata, volvióse en el asiento para replicar:

—Pero a mí él, no.

—A ti el que te gusta es el de ésta—exclamó Toti, muy ingenua, señalando a Josi.

—¡Mira la tonta! ¡Toti!

Josi se sonrió complacida.

—Pues lo siento, chica, pero... ¡están verdes!

Toti se dirigió a Mariví como para demostrarle que no se merecía aquel calificativo.

—¡Vaya! No seré tan tonta cuando lo he notado.

Las compañeras de Maraví intervinieron a su vez.

—¡Qué bonito! ¡Mejor te fuera aprenderte las lecciones!

—Y no deberle a nadie el aprobar...

Josi salió en defensa de su compañera Toti.

—Eso a vosotras os debe tener sin cuidado... ¡Tampoco creo que podáis vender sobresalientes!

Acababa de entrar en el comedor la señora Directora, y todas las alumnas se pusieron de pie. La celadora salió a su encuentro. La Directora, después de inspeccionarlo

todo, dirigió la palabra a las educandas.

—Señoritas, el incidente ocurrido esta mañana en la piscina es verdaderamente lamentable; tanto por su origen, como por sus consecuencias. Ya he mandado mi más enérgica protesta al Director de las Escuelas de Guardias Marinas por el proceder irrespetuoso de los cadetes, pero siento tener que decir que ustedes tienen tanta culpa como ellos.

Josita Hurtado interrumpió el discurso al preguntar con cara de asombro:

—¿Nosotras?

—Sí, señorita—continuó la Directora—. Y puede que no sea usted la que menos culpa tiene. Pero ese es otro asunto que ya se pondrá en claro. Ustedes ya saben que esta tarde presenciará las clases el Director General de nuestros Internados. Espero que no me ofrezcan ustedes el vergonzoso espectáculo de que sea en el que yo dirijo donde nuestras educandas queden peor.

Añadió después en un aparte a la profesora:

—¡Y mucho cuidado en el paseo!



Las muchachas se preparaban para salir de paseo, pero hacía rato ya que el cadete Arturo, que gozaba de permiso, acompañado de su tío Manolo, único pariente que tenía en la capital, aguardaba en el andén central del parque la llegada de las colegialas. Sus pasos eran nerviosos, y no hacía sino consultar el reloj. El pobre tío Manolo llegó a desesperarse.

—¡Basta ya, niño! Llevamos dados en un trecho de cuatro metros 324.812 pasos. Cuando nos vayamos, tendrán que venir los de Obras Públicas a reparar el pavimento.

El cadete, sin hacer caso de las lamentaciones de su tío, le preguntó con interés:

—¿No has dicho que iban a pasar por aquí?

—Por aquí, por allí, y por más allá. Yo creo que podríamos sentarnos en un banco a esperarlas... ¡Yo, ya no estoy para estos trotes!

—Bueno, no vengas ahora con flaquezas. ¿Tienes o no tienes el encargo de mi padre de seguir mis pasos?

—Pero, oye, niño; que no son éstos los pasos que tu padre me encargó que te siguiera... sino que te prohibiera.

Arturo se le quedó mirando.

—¿Quiere mi padre nada más inocente?

—Pero es que por esa inocente colegiala vas a criar musgo en la Academia.

—¿Tú qué sabes?—dijo el muchacho, volviendo a pasear.

El tío Manolo le siguió, refunfuñando:

—Nada. Que ya debías ser por lo menos capitán de fragata y eres sólo un cadete... y a este paso vas a tardar en terminar la carrera más que si tuvieras que hacerla a pie.

El calor de la disputa hizo que se detuvieran otra vez los dos.

—Querido tío: esto es mucho

más intrincado de lo que parece a primera vista.

—¡Y tan intrincado! Cuando creo encontrarte —según sospechas de tu padre— cogolfado en una vida de crápula, resulta que te pasas las horas detrás de una colegiala no muy guapa y un mucho tonta.

Arturo castigó el insulto.

—Aquí el único tonto que hay eres tú, querido tío.

—¡Ah!, ¿sí?...

—Pues, claro. ¡Tú, cállate, sígueme y obedéceme!

—¡Hombrel Yo creí que debía ser al revés. Que eras tú el que debía obedecerme a mí. En fin: ¿me das permiso para salir después de la cena?

El muchacho, riéndose, abrazó a su tío, diciéndole que era muy salao, a lo que éste contestó que él un marino muy dulce.

Y en medio de la disputa llegaron... las colegialas, formadas de dos en dos y vigiladas por la profesora "Espina", lo que les llevó rápidamente a la reconciliación.

—Ahí vienen ya —advirtió Arturo al divisarlas—. Tú, a lo tuyo.

—Oye, oye, niño. No pretendrás que siga haciéndole el amor a ese palo que las pasea, porque se lo está creyendo, y eso ya es más serio, ¡caramba!

Arturo, sin atenderle, le hizo se-

ñas para que fueran cada uno por un lado del pasco, a fin de coincidir al final de la formación.

La profesora divisó pronto al tío Manolo y le sonrió; nuestro hombre hizo lo propio y se quitó el sombrero para saludarla. Entonces la celadora le miró melosa, volviendo la cabeza para corresponder a su saludo, con lo que descuidó en parte la vigilancia de las muchachas, momento que aprovechó Arturo para deslizar una carta en manos de la colegiala que tenía más cerca, la cual se la dió a su compañera de enfrente, y ésta a otra, haciéndola correr entre todas en zig-zag, hasta llegar a manos de su destinataria, la señorita Josi Hurtado, que la guardó en el bolsillo del uniforme.

Tío y sobrino, una vez conseguido su propósito, se retiraron, pues adelantaba también por el parque la formación de cadetes, y Arturo no quería ser visto.

El ritmo del pasco unió alguna vez a los dos grupos, y entre los jóvenes se cruzaron las sonrisas de rigor; después los cadetes, con tanto mirar, fueron perdiendo el paso y la alineación, hasta que la voz de mando gritó imperativa:

—Pero, ¿qué formación es esa, señores cadetes?... —y éstos, vista al frente, recuperaron el paso y la

alineación, marchando con aire marcial.

La carta del cadete fué leída por Josi tan pronto como las muchachas entraron en el dormitorio, y sirvió como nuevo tema de comentario, burla y distracción.

Decía una:

—¡Chica, qué suerte! ¿Cuándo tendré yo un novio que me quiera tanto?

—¡Y que sea tan guapo!—respondía otra.

—Con que sea así, me conformo.

Marivi arrojó la gresca consiguiente, como siempre.

—Pues arréglate con el tío.

—¡Qué rica! Ese para ti... Ya

que el sobrino no puede ser... algo es algo. Todo se queda en casa.

—El tío ya tiene bastante con miss Espina.

—¡Pobre tío! —intercedió Toti—. ¿Qué os ha hecho para que lo queráis tan mal?

El tañido de la campana recordó a todas sus obligaciones.

—Bueno, señoritas —dijo Josi, guardando la carta entre sus ropas planchadas del baúl—, a la clase. El señor Director va a someternos a un examen. ¡Os lo brindo!

Rieron todas la ocurrencia, y tomando sus cuadernos de apuntes salieron para enfrentárselas con el Tribunal.

CAPITULO II

Pesares de colegiala

Ocupaban el estrado el Director General, la Directora del Instituto y tres profesoras.

La primera alumna que salió al encerado tenía que plantear y resolver un problema de aritmética. Estaba ya al final de la operación cuando la Directora, ante lo catastrófico del resultado, se vió obligada a intervenir:

—Pero, señorita, ¿cómo es posible que de cien metros de tela, a veinte pesetas el metro, resulte una ganancia de veinte mil pesetas...? ¿Dónde ha aprendido usted esa operación?

Ante el silencio de la alumna examinada, resolvió José levantarse del asiento y preguntar, como de costumbre, haciéndose la tonta:

—¿Lo digo yo?

El Director General, un vejete

con cara bondadosa, sin observar lo aterradas que estaban la Directora y las maestras con esta salida, le dijo que sí.

—Sí, señorita. Dígalo, si lo sabe.

José respondió con gran desparpajo:

—En el almacén de su padre, que es comerciante de tejidos...

Las muchachas tuvieron que apoyar la cara en los pupitres para ocultar la risa; el Director levantó la cabeza, atónito, y las profesoras sudaban tinta.

La Directora, sonriente, para disimular su burla, hizo una seña al Director General como queriéndole indicar que era una chica un poco anormal, y después miró fijamente a José, deseosa de fulminarla.

Una de las profesoras la ordenó

sentarse, —lo que hizo ella muy sumisa—, diciendo a sus compañeros de Tribunal:

—¡Es tonta!

La Directora quiso ir más allá, en evitación de nuevos contratiempos.

—No. Mejor es que se vaya. Señorita Hurtado, puede usted retirarse.

Josita Hurtado se disponía a hacerlo así, pero Toti, apuradísima, la retuvo de la falda. Josi, entonces, para saber qué es lo que querían de ella, se agachó un momento bajo el pupitre como si se le hubiera caído algo.

—¡No se vayas, por Dios! ¿Qué va a ser de mí?

Josi le aseguró que no pasaba nada, mientras la ráfaga de voz de la Directora acentuaba la orden.

—¿No ha oído usted lo que le he dicho, señorita Hurtado?

Josita, de pie, se excusó muy compungida:

—Yo no creí decir nada inconveniente. De todos modos, pido perdón a mis profesoras y al señor Director, y les suplico me permitan quedarme en la clase. Prometo no decir nada más que cuando me preguntan.

La Directora consultó con el gesto a los demás. Las profesoras soltaban, como diciendo: "y si no se

va, ¿qué va a pasar aquí?", pero como el Director General sonrió bondadosamente, movido a indulgencia, no tuvo aquélla más remedio que acceder a que se quedase, pero reiterándole que sin decir palabra.

Josi se sentó, mostrando con el ademán su agradecimiento.

La Directora hizo volver a su pupitre a la alumna que estaba en el encerrado, y compulsando la lista llamó a la señorita Arteaga.

Toti Arteaga se puso de pie, más muerta que viva. Le preguntaron qué era la raíz octava de un número, y comenzó a balbucear:

—Raíz octava de un número... Pues... pues...

Josi, que ocupaba el asiento de enfrente, le escribió en un papel la respuesta, y Toti, captándola a hurtadillas, lo recitó.

—Pues... es la raíz cuadrada de su raíz cuarta.

—Muy bien—dijo con satisfacción la Directora—. Pero no hacía falta vacilar tanto en una cosa tan sencilla. Veamos: ¿Y la raíz vigésima séptima?

Se produjo el mismo juego, e igualmente la contestación fué acertada:

—Es la raíz cúbica de la raíz novena.

En el estrado demostraron todos

su contento, mas la Directora comenzó a recelar algo.

—Muy bien — exclamó—. Pero, ¿por qué mira usted siempre hacia abajo como si estuviera en el suelo la solución?

Para evitar complicaciones, Josi arrugó entre sus dedos el papel en que había estado escribiendo, y hecho una pelota lo arrojó bajo el pupitre.

Los ojos de lince de la Directora, sin embargo, habían observado el juego, y puso la estratagema al descubierto.

—¡Señorita de Hurtado! ¡Muéstreme usted ese papel que acaba de tirar!

—Pero... si no tiene importancia. Es que me estaba distrayendo pitando unos monos.

—¡Sea como fuere, muéstrémelo!

Toti se dejó caer en el asiento, anonadada, y Josi, recogido el papel, se acercó al estrado para entregárselo a la Directora. Esta lo observó cuidadosamente, y, en efecto, había allí dibujados unos muñecos infantiles; pero al darle la vuelta, encontró escritas con lápiz las dos soluciones, y quedó asombrada.

—¡Ah!... ¿Conque es usted quien da las lecciones?

—Luego no es tonta— indagó el Director General.

—Le digo a usted que es inexplicable. Era una de las mejores alumnas, pero desde hace una temporada no contesta acorde a nada de lo que se le pregunta. Y ahora resulta que para las demás sí sabe lo que para ella ignora.

Josita, que no se amilanaba por nada, metió baza como encontrando entonces la ocasión más propicia para el brindis que dedicara a sus compañeras.

—Es que en Ciencias exactas es lo único en que estoy fuerte. Si el señor Director quiere preguntarme, se convencerá.

—Con mucho gusto — accedió éste—. Salga usted al encerado.

Las profesoras quedaron con el alma en vilo, la Directora no hacía sino mirar al cielo, implorándole ayuda divina, y las alumnas comenzaron a regodearse de antemano.

Josi, después de borrar cuanto había en la pizarra, preguntó:

—¿Desee el señor Director que le haga una operación de extracción de raíces?

La idea le pareció excelente al buen señor, y dictó la fórmula.

—Muy bien. Enunciado: Hallar la raíz quinta de la raíz cuarta de H.

—¡El Señor nos coja confesiones!

doal —dijo una profesora al oído de su colega mientras la muchacha trazaba en la pizarra los signos del enunciado.

Tan pronto como Josita Hurtado comenzó el desarrollo y empezó a trazar líneas y más líneas, haciendo el comentario en voz alta: "Pi, es igual a S-04-H2", ya no hizo el Director sino abrir y cerrar los ojos con extrañeza, como si le hablaran en chino.

—Pero, como S-04-H2 es igual a raíz cúbica de Omega al infinito... —la Directora se caló las gafas para contemplar tan descomunal desastre— resulta que el arco de la parábola es igual a raíz D menos 1...

Las profesoras destilaban más sudor que agua "Hipopótamo" al salir de la piscina.

—Partido por la velocidad, V, es igual a T2.

El Director General quiso parar aquel cúmulo de barbaridades, pero la muchacha continuó su cantinela, sin hacerle caso.

—Como el área del círculo es Pi-R-2 y la raíz cuadrada de Alfa... —la Directora se bebe un vaso de agua para contrarrestar su sofoquina— tenemos que la raíz quinta de la raíz cuarta de Pi, es igual a infinito... que se va volando.

El Director General se puso de

pie, imitándole las profesoras, a punto de enloquecer, pues de todas las líneas y signos trazados por Josi en el encerado no resultó otra cosa sino un arbolillo muy mono, con frutos de guarismos en las ramas.

—Pero, señorita, ¿qué galimatías es ese?—preguntó el Director, congestionado.

Josita contestó con cara de ingenua:

—Ya lo ve usted, señor Director. Que han florecido las raíces.

Las alumnas no pudieron por menos que soltar la carcajada, hasta que la Directora les impuso silencio.

Josi volvió a su sitio, bajo la mirada fulminante de la Directora, y en el estrado comenzaron a cambiar impresiones en voz baja.

—Bueno, pero... ¿es idiota o nos está tomando el pelo? —preguntó el Director.

Una de las profesoras creyó lo primero, y la otra lo segundo. La Directora estimó que se trataba de una anormal.

El Director dió su opinión.

—En un caso o en otro, se la debía mandar a su casa.

—Pero lo grave—se lamentó la Directora—es que sus padres se encuentran viajando por el extranjero.

ro. Si no fuera por eso, ya la habríamos expulsado.

—¡Es tonta, tonta!—remachó la profesora primera.

—Y sin embargo—razonaba el Director—sabe dar respuestas acertadas a su compañera de pupitre.

—Luego, no es tonta—afirmó la profesora auxiliar.

—Y si no lo es, ¿cómo explican ustedes lo que acaba de hacer?

La Directora pareció convencerse.

—Efectivamente, puede que lo sea.

—Y puede que no—siguió insistiendo la auxiliar.

José, a la que no se le escapaba detalle, volvióse hacia las compañeras que tenía detrás y les imitó el coro de doctores de "El Rey que rabió":

—“Y puede estar rabioso, y puede no lo estar”.

Corrieron la gracia y la risa de boca en boca, creciendo los murmullos por momentos. Las profesoras intentaron imponer silencio, pero aunque las alumnas hacían esfuerzos inauditos para dominar la risa, no podían conseguirlo. La Directora, de pie, para dar más autoridad a sus palabras, lo ordenó secamente, pero fué tan rápido el movimiento de cabeza que hizo, que las gafas le cayeron al suelo y ya, netamente,

se produjo la carcajada.

Las chicas, al fin, quedaron serias, y la Directora, agitando la campanilla, ordenó que se retiraran, dando la clase por terminada.

Se dejó caer en la butaca, congestionada, haciéndose aire con el pañuelo, y al cruzar José por allí se la encaró, diciendo:

—Y en cuanto a usted, señorita de Hurtado, ya veremos lo que hacemos con usted...

* * *

En un rincón amable del hall de un hotel de lujo, hasta donde llega, amortiguada por la distancia, la música suave de una orquesta, el opulento naviero y hacendado cubano, don Alfredo Gómez y los padres de José toman una taza de café.

La frase de la Directora tiene otra cadencia y armonía en labios de la señora de Hurtado.

—Sobre todo la Directora, “es que no sabe qué hacer con ella...” ¡La quiere tanto! Es una chiquilla tan estudiosa, tan inteligente... En fin, amigo Gómez, muy pronto po-

drá convencerse de que no me ciega el amor de madre.

—Sí —terció el marido—, y mucho antes de lo que pensaba. He tenido un telegrama de mi apoderado que me obliga a regresar en seguida. Mi viaje de recreo terminó.

Alfredo Gómez sonrió con cierta complacencia.

—Mentiría si no le dijera que me alegro. No quería con mi impaciencia ser el causante de su final, pero ya que las circunstancias me ayudan...

La futura suegra de Gómez — pues es de advertir que habían decidido otorgarle la mano de su hija, aunque ellos no se conocían — le atajó:

—Le advierto a usted que este viaje tiene para nosotros un inapreciable valor sentimental.

—¡Mujer!...

—¿Qué importa, tonto? Gómez es lo bastante espiritual para comprendernos.

Alfredo Gómez mostró interés por saberlo.

—Es nuestro viaje de novios.

La extrañeza del naviero fué tanta, que el padre de Josi tuvo que intervenir:

—¿Lo ves, mujer? Resulta grotesco ver así, nada menos que a sus futuros suegros en viaje de novios

a los veinte años de casados. Pensará, con razón, que ya por unos meses podríamos haberlo hecho los cuatro juntos.

La mujer juzgaba la cosa muy razonada, y explicó:

—Cuando nos casamos nos fué imposible hacerlo por culpa de éste. Y es que los hombres de negocios son ustedes muy antipáticos... Pero ya que entonces no pudo ser, nos prometimos solemnemente que lo realizaríamos, fuese a la edad que fuese, y aun creo que hubiera sido más bonito hacerlo cuando fuéramos dos viejecillos.

—Verdaderamente — corroboró Gómez—. Pero, no. Gracias a esta "prisa" de ustedes tuve la feliz oportunidad de tratarles y unir quizá nuestros intereses y nuestros afectos; sin duda, el verles a ustedes, que ya no son dos niños, hechos unos tórtolos, me ha movido a mí, que tampoco lo soy, a envidiar su suerte.

La señora le pronosticó que él también la tendría. Y agregó:

—Mi pequeña sabrá dársela. Es una criatura angelical.

—Sí, pero falta que yo no le parezca un demonio.

—¿Qué ocurrencia! Mi hija y yo hemos sido siempre como dos hermanas; sabe bien que sólo su ficha he de buscar.

Los señores de Hurtado adoraban a su hija, y conocedores de sus buenas cualidades no resultaban parcos en el elogio.

—Ya ha visto usted —decía el padre— que en sus cartas no puede mostrarse más satisfecha.

—Y en todo demuestra—añadía la madre—que no se trata de ninguna cabeceita loca. La sola condición que impone para la boda es la de que antes ha de terminar sus estudios.

Tuvo que acceder a este aplazamiento el maduro galán.

—Me parece muy justo, y ya que esperé tanto tiempo para decidirme, bien puedo esperar una tempradita más.

—Y para nuestros planes financieros también es mejor. Sé por experiencia lo fatigoso que es, cuando se está recién casado, tener que dedicar toda nuestra atención a los números.

La madre de José, que debido a aquel viaje de novios no sabía de la misa la mitad, se vanagloriaba de la decisión de su hija.

—¡Es un verdadero sol! En todas sus cartas dice lo mismo: "Por encima de todo, terminar mis estudios".

* * *

Y sobre las alegrías de colegiala, los pesares de las lecciones no comprendidas; el pensar que las familias no cuentan con ellas para los más caros afectos; el tener que hacer vida de engaño pasando por torpe y tonta cuando no se es ni una cosa ni otra; salvar su postura a costa de sacrificar la de sus profesoras...

Pero José aprovechaba aquellos medios, porque no tenía otros a su alcance. Ya se lo previno a Arturo, y se lo ratificaba ahora, en la quietud de las primeras horas de la noche, en la escapada furtiva de los dos hacia un rincón del colegio, contando con la colaboración y vigilancia de Toti, que hacía de centinela:

—Por encima de todo, no aprobar. Ya lo sabes: ésta es la consigna.

Arturo asentía.

—Por mi parte cumplida. Yo no salgo este año.

—Ya no es que no salga este año. Es que no salgo nunca, mientras tenga la amenaza de esa boda.

El cadete tenía que todo el esfuerzo de los dos resultase estéril.

—¿Estás segura de que me quieres lo bastante para afrontarlo todo? Mira que yo no sé a dónde nos puede llevar esta farsa.

—A la Iglesia. Al fracasar el

plan de mis padres, triunfará el mío.

—Me rechazarán. Soy yo muy poco para ti.

Josita hizo un mohín de contrariedad.

—Soy yo quien tiene que valerte, no ellos. Y para mí vales mucho.

Arturo le estrechó las manos cariñosamente.

—También ha sido fatalidad el hallazgo de ese fantástico millonario.

—¿Qué quieres? Mi mamá, que entre las mil baratijas que me trae de este viaje de bodas, como ellos dicen, se le ocurrió traerme también un novio. No sabían ellos que yo, aquí solita, a la chita callando, y sin moverme del colegio, había escogido ya el mío.

—Pero que no tiene millones.

Las nuevas protestas de Josita fueron acalladas por el aviso de Toti, de que la señorita "Hipopótamo" estaba inspeccionando el jardín.

Se despidieron, dispuestos a dar cumplimiento al pacto acordado, y Arturo escaló la tapia para volver a su Escuela de Guardias Marinas.

Josita y Toti echaron a correr por el jardín, ocultándose cuanto podían entre los maticos para no ser descubiertas.

Entraron por fin en el colegio, con el natural sobresalto, particularmente de Toti Arteaga, a quien harían pagar las consecuencias de su complicidad.

Al trasponer la puerta de cristales que daba al jardín, Josi la animó.

—No tengas miedo. Ahora por aquí ya no hay nadie.

Sin embargo, en el pasillo encontraron a miss "Espina", que quedó maravillada al verlas.

—¿Cómo ustedes por aquí?... Todas se han retirado ya.

—Sí, ya vamos—contestó Josita con gran aplomo—. Fué un retraso involuntario.

* * *

Josi Hurtado, hija única de acomodada familia, había visto cumplidos siempre todos sus caprichos, pero no era, sin embargo, orgullosa ni fatua, sino amable y complaciente con todos.

Tenía muy cerca de los diecinueve años, un carácter alegre y decidido, un rostro simpático con unos ojazos verdes que mareaban, y un cabello rubio precioso.

Desde pequeña fué aficionada al estudio, y tenía un raro poder de asimilación: aprendía con facilidad las cosas, y tanto en los Colegios donde estuvo de niña como sus profesoras particulares, ya de mayor, quedaron siempre encantadas de aquella innata maestría y buen aprovechamiento.

El proyectado viaje de sus padres, para ese invierno, fué deseado por ella con ánimo de recordar su antigua vida de colegiala; por eso al iniciarse el curso se hizo matricular en el Internado, para sus clases especiales de ampliación de estudios, con el fin de que aquéllos pudieran marchar sin preocupaciones y quedar libre, por otra parte, de las que pudiera acarrearle quedarse sola y al frente de la casa.

Su eficacia escolar fué prontamente advertida, y se la consideró al poco tiempo como una de las mejores alumnas; pero no más que su madre, al trahar conocimiento y ligar afecto con Alfredo Gómez, le hablara en sus cartas de la posibilidad de que aquel hombre fuese el destinado para esposo suyo, dejó de traslucir lo que sabía y empezó a perder méritos hasta quedar catalogada como tonta.

Y es que, como sabemos, el amor

había rondado ya sus puertas, y su corazón tenía elegido.

Jamás pudo pensar la muchacha que llegaran sus padres a ninguna indicación en ese orden. Siempre creyó—y lo soñó muchas veces—que fuera ella la que, en un día memorable para su vida, les hablase del hombre que había conseguido enamorarla.

Por eso, queriéndose como de verdad se querían Arturo y ella, las noticias, cada vez más precisas y concretas de sus padres, le habían hecho perder la cabeza y pensar en mil disparates seguidos.

Fué el primero, decidirse a no aprobar; de él se derivaron todos los demás: aparentar que no se estudiaba o que aunque se estudiase no se comprendía nada; contestar incongruentemente a todas las preguntas y repaso de lecciones, con la finalidad de poder continuar en el Internado y obstaculizar la boda. Por eso había dicho a sus padres en infinidad de respuestas, que ella quería, ante todo y por todo, "terminar sus estudios".

Estos motivos, que el lector conoce, pero que ignoraban en absoluto las profesoras de Josi y la Directora del Internado, fueron los que desde algún tiempo a esta parte la habían hecho variar; cambió que las maestras no sabían a qué

atribuir, y que estaba poniéndolas tan en ridículo que, por sólo la consideración a que sus padres estaban de viaje por el extranjero, no la habían puesto de patitas en la calle.

Con este peligro no contó mucho Josita. Tal vez estimara que no se atreviesen a tanto, por evitar el escándalo, como que llegado el caso podría encontrar razonamientos con que conjurarlo.

Pero, mientras, hacía de las suyas—y al pobre Arturo tampoco le dejaba adelantar—, pudiendo considerarse la hazaña de la clase solenne de aquella mañana como digna de figurar en los anales de la vida escolar picaresca y atrevida.

Y en el fondo se dolía del daño que causaba en lo que representaba espiritualidad y vocación de aquellas mujeres, que sacrificaban su vida en el honroso ejercicio de enseñar al que no sabe, y aun hacía firmes propósitos de recompensarlas después espléndidamente, con tantas y tantas muestras de comprensión y de cariño, que estaba segura hubrían de perdonarle el mal—y los malos ratos—que ahora les ocasionaba.

Pero, ¿qué podía hacer ella, cuál otra podía ser su defensa, encerrada en el Internado, lejos de sus padres, que estampillaban sus

noticias con vistas generales de media Europa: París, Londres, Hamburgo, Berlín, Estocolmo, Nápoles, Roma, y sin conocer, ni siquiera por fotografía, a la persona con quien, por voluntad propia y egoísta además, querían casarla?

Su plan era firme y resuelto: "no aprobar".

El de Arturo era el mismo, pues aunque desiguales las causas, eran idénticos los efectos: "no aprobar".

* * *

Los cadetes, asomados en aquel cuarto de hora de descanso a los amplios ventanales del edificio, o paseando en grupos por el pasillo, comentaban la marcha de sus estudios ante la proximidad de los exámenes.

Arturo alentaba a su manera, dispuesto como estaba a no aprobar, al cadete bizco, que tenía perder el curso.

—¡No te entristezcas, muchacho! ¿Que te echen en el examen? ¡Mejor! Así sigues siendo estudiante, que es tanto como decir que si-

LOS MILLONES DE POLICHINELA

gues siendo joven. Ya conoces la canción...

*Es una juventud... Siempre estudiantes,
gocemos de estos mágicos instantes.
Nos da la primavera sol y flores,
que son mucho mejores
que las horas de todos los doctores.*

Por las persianas levantadas de su dormitorio llegaban a las dúctas los ecos de la canción de los Guardias Marinas, y empezaron a co-rearla bajo la dirección de Josi.

*Yo no quiero aprobar,
yo no quiero aprobar,
que todo el que termina
una carrera,
se empieza a fastidiar.
Si en Medicina logras ser doctor,
verás que por tu caso
no va más que el dolor.
Si eres veterinario por tu mal,
estas contagiándote
y siendo otro animal.
Si eres ahogado,
con la conciencia limpia,
no probarás bozando.*

*Yo no quiero aprobar,
pero no quiero perder
el derecho divino
de ver allá mujete.*

Josi agregó picarescamente, evocando al compás de la canción:

*No tampoco perder la reciedad
de esos bravos cadetes
que miran hacia acá.*

Todos los cadetes se agolparon

a las ventanas, al oír cantar a las colegialas, y cogiéndose al ritmo llevaron uniformemente la canción.

*Es una juventud... Siempre estudiantes,
gocemos de estos mágicos instantes.
Nos da la primavera sol y flores,
que son mucho mejores
que las horas de todos los doctores.
Yo no quiero aprobar,
yo no quiero aprobar,
que todo el que termina
una carrera,
se empieza a fastidiar.*

Llegó un momento en que Mari-vi creyó oír ruido de pasos y se apartó del ventanal, aproximándose con cuidado a la puerta del dormitorio. Efectivamente, hacia allí venían dos de las profesoras, y se fué corriendo a sus compañeras para avisarles la tormenta que se avecinaba.

—¡Peligro! "Hipopótamo" y "Espina" a la vista.

Dejaron caer las persianas; los cadetes a su vez cerraron las ventanas; en desbandada general cada una fué a su cama, tiraron al aire las zapatillas, se arrebujaron entre las sábanas y a un mismo tiempo apagaron todas la lamparilla eléctrica de su mesilla de noche.

A poco, abrieron con cuidado las profesoras la puerta del dormitorio y quedaron estupefactas al ver dormidas a sus educandas. Salieron haciéndose cruces, como si

toda la algarabía que habían estado oyendo fuera cosa del diablo.

* * *

Otro pesar máximo de colegialas: el despido, que había llegado al fin. Josi, junto a la Directora, que sentada ante su mesa despacho dicta a máquina a una de las profesoras, escucha mohina su sentencia:

"Y lamentándolo mucho, por ser cosa nueva en nuestros Internados, donde todas las alumnas se conducieron siempre de modo irreprochable, nos vemos en el doloroso trance de rogar a ustedes que, cuanto antes mejor, pasen por este Internado para hacerse cargo de su hija. Este es un Colegio de notoria seriedad: no es una academia de baile, ni un music-hall. De ustedes, atenta, etc."

Después de este dictado, se dirigió a Josi que la miraba impasible.

—Conque ya lo sabe usted, señorita. En cuanto sus padres regresen, será usted devuelta a su hogar. Aunque lo que en realidad necesita usted es un tonticomio. Puede usted retirarse.

Josita, muy fina, fué retrocediendo sin volver la espalda a la Directora, haciéndole al propio tiempo una serie de reverencias. Al volverse por fin, y no sabemos si deliberadamente o sin querer, tropezó con la mesita de la máquina de escribir y tuvo que abrazarse fuertemente a la profesora para no caer.

Tal postura cambiaba los planes de la muchacha. Se lo avisó a Arturo, y éste pudo apretar de firme y sacar el curso. Una vez libre, y con las vacaciones de verano por delante, se presentó en la modesta pensión donde se hospedaba su tío Manolo, para darle la noticia.

—¡Querido tío, abrázame! He aprobado todas las asignaturas. ¡Y con sobresaliente nada menos! Como es lógico, me conceden un permiso de dos meses para ir a pasar el verano con mis padres; conque ya puedes arreglarte. Vamos ahora mismo a telegrafiar a casa para que nos manden dinero, y en cuanto lo recibamos salimos volando con rumbo hacia allá.

El tío Manolo terminó de afeitarse, limpió la navaja y la brocha, y se encaró con su sobrino:

—Oye, Arturito: ¿De verdad no te encuentras mal? Porque una de dos: o yo estoy loco o lo estás tú.

—¡Anda, anda, vístete!... ¿Por

qué crees que estoy loco? ¡Abí va eso!...

Descolgó del perchero la camisa y la corbata y se las tiró por el aire.

—Porque hace apenas una semana no querías aprobar por nada del mundo; comentabas gozoso, ante mi justa indignación, el cate tan fenomenal que te iban a dar, y el rosado porvenir de pasarte las vacaciones en la Escuela, tapia por medio de tu tontita del alma, y ahora resulta que apruebas, que esto te llena de júbilo, y que nos vamos encantados, dejando a tu Dulcinea interna hasta que sea abuela.

Le entregó también el chaleco, y le ayudó a ponerse la americana.

—Pero, hombre... ¿Tú crees que yo me iría si no fuera porque la primera que se larga es ella?

—¡Ah! ¿Se ha decidido también a aprobar?

—No. A ella la han expulsado.

Tío Manolo contestó serio:

—Naturalmente. Ahora, que podían haberlo hecho hace un año, y a estas fechas tú estarías navegando en busca de otros mundos nuevos, como Colón, en vez de tener por todo horizonte marítimo el agua de la bañera.

—¡Cállate, hombre! — le dijo Arturo abrazándole—. ¿Tú sabes lo que vamos a quererte los dos? Y,

anda, anda; vamos, de prisa, que quiero que nos marchemos cuanto antes. A ella se la llevan mañana a su casa.

—¿Y ya no te importa tampoco el rival?

—No, hombre, no. Ya no me importa. Somos compatibles.

El tío Manolo, que había iniciado ya la salida, se volvió asombrado hacia Arturo, cogiéndole de un brazo.

—Sobrino: eres de una frescura, que no es que te acalartes, es que das la bronconeumonía.

Arturo se echó a reír.

—Somos compatibles, porque el nuevo plan que hemos trazado es aun más ingenioso y desde luego muchísimo más eficaz que el anterior. Pensamos deshacernos de él rápidamente. ¡Ya verás qué pronto le suprimimos! Y esperamos que tú nos ayudes.

—Oye — dijo el tío con cierta escama —, si piensas asesinarlo, no cuentes conmigo. Hasta ahí podíamos llegar.

Arturo le respondió con mucha jovialidad:

—¡No te apures, hombre!... Sin dramas. Ella será la que lo suprima. Tu misión, por ahora, es ver, oír y callar.

* * *

Josi estaba ya preparando su salida del Colegio. Rodeada de algunas condiscípulas hacia su maleta sobre la cama, cuando hizo su aparición en el dormitorio Toti Artega, apoyando en los brazos y la barbilla un rimero de libros.

—Oye, Josi... Que te olvidabas los libros en el pupitre.

—No me olvidaba—aseguró Josita, dándole las gracias—. Se los dejo en herencia a la víctima que haya de sustituirme.

—¡Ojalá sea tan buena como tú, porque si no, me van a dar cada cate!...

—Entonces, ¿te marchas hoy? —preguntó una alumna.

—Hoy mismo.

—Y expulsada—añadió otra.

—A mí me daría mucha vergüenza—comentó una tercera.

—Pues a mí, no.

Tumbada en la cama de enfrente, Mariví miraba la escena con cierta complacencia. Al fin, como quien no quiere la cosa, se aventuró a indagar:

—¿Y te dejas a Arturo?

—Eso quisieras tú, pero están verdes. Me lo llevo también.

—¿Metido en la maleta?

—No, rica. Metido en la canasta, que es lo más seguro.

También le preguntaron las ma-

chachas qué es lo que iba a hacer con el millonario.

—Poco he de poder, o antes de un mes se ha vuelto a su país. ¿Me obligan a dar la batalla decisiva? ¡Mejor! Así será encarnizada.

—Chica, ¡qué lástima!... Un millonario dispuesto a casarse no se encuentra, así como así, en estos tiempos.

—Pues yo te lo regalo. Prefiero a Arturo.

Insistió Mariví:

—Además, que dice tu mamá que es un hombre muy interesante.

—¡Interesantísimo! —remachó Aurorita—; no sé cuántos millones de interés.

Josita aseguró que aun con todos esos millones, no serían pocas las cosas que tendría que ofrse.

—¿Qué dirán tus papás? —inquirió Toti.

—Que estoy enferma. Las noticias de aquí me preparan bastante el terreno. Voy a fingir una locura divina: decirle a todo el mundo, lisa y llanamente, lo que pienso de él. Y excuso decirnos, puesta en ese plan, y con mi carita de tonta, lo que me voy a divertir.

Cerrada la maleta, y encajada debidamente la cerradura, se despidió de todas sus compañeras, prometiéndole acordarse mucho de ellas

y escribirles de vez en cuando, pues no era probable que las volviese a libre ya de asistencia a las clases, var antes de su marcha.

CAPÍTULO III

Desarrollo del nuevo plan

Una vez en su casa, y trocados los vestidos de colegiala por la ropa elegante que correspondía a su categoría, la belleza y distinción de Josi subieron de punto.

A Alfredo Gómez había causado muy buena impresión la muchacha.

Al día siguiente de las presentaciones, Gómez había sido invitado a cenar en casa de los señores de Hurtado, y la traviesa excolegiala comenzó a hacer de las suyas iniciando el desarrollo del plan que tenía fraguado en combinación y acuerdo con Arturo.

Aprovechando la primera oportunidad, lo soltó mondo y lirondo:

—Cada uno hará lo que le dé la gana... ¿De qué te asustas?—le dijo a su madre, que había puesto cara de espanto—. Vosotros me habéis educado con ese maravilloso criterio, dejándome hacer cuanto he

querido. No me voy a casar ahora, para hacer lo que otro me mande. ¿No es verdad?

—Realmente. Es una razón —tuvo que contestar Alfredo Gómez, que es a quien había sido dirigida la pregunta, y que aun estimó encantadora lo que él consideraba espontánea ingenuidad.

Josita hubiera querido un éxito rotundo en aquella su primera salida al campo de preguntas y hechos desorbitados, pero como no había cazado sino un efecto contra-productente, soltó el segundo escopetazo:

—Señor Gómez, ¿cuántos años tiene usted?

Tanto el aludido, como los padres de la muchacha, la miraron con ofendida extrañeza; ella, sin embargo, no dándose por enterada, repitió la pregunta:

—Sí, ¿que cuántos años tiene usted?...

—Bastantes más que tú — contestó el novio oficial, acompañando a sus palabras una sonrisa, forzada por la cortesía.

Su madre la reprendió.

—Josi... Esa pregunta es poco delicada.

—¿Por qué, si lo voy a saber cuando nos casemos?

—Pero no es éste momento — apuntó, abatido, el padre.

—¡Tonto! — continuó con cara de ingenua — ¡Qué importa el momento! Lo importante es que sean muchos o pocos.

Alfredo Gómez, aunque no era aquello lo que más le gustaba, estaba de su parte.

—Tiene razón. Ella es, después de todo, quien debe admitirlos, o rechazarlos, si le parecen muchos.

—No, al contrario; ya puestos en este plan, cuantos más mejor.

En Gómez iba variando la buena impresión que le causó la muchacha, y los padres de ella se encontraban tan violentos, que al fin la propia Josi tuvo compasión y añadió en tono más amable:

—Siempre que sea tolerante con los pocos míos y me deje vivir libremente mi vida.

—Según lo que tú entiendas por

vida—le dijo su padre, mirándola fijamente.

—Si se es alegre, como yo, con alegría... y por encima de todo, ser sinceros. Llevar siempre, siempre, la verdad en los labios, y dejarla salir pase lo que pase.

—Pero todo tiene un límite.

—¡Farsa, farsa! La verdad no debe tenerlo. La mentira trae luego muchos disgustos. Por ejemplo: ¿cuántos millones tiene usted, señor Gómez?

Esa tercera pregunta cayó como una bomba, y los tres salieron disparados: novio, padre y madre.

—¿Cómo?

—¡Niña!

—Pero, ¿a qué viene? ¿Qué te puede importar a ti?

—¿Lo ve usted? ¡Hipocresía! Ellos, como yo, están rabiando por saberlo; pero ellos disimulan y yo no. ¡Yo soy más franca!

Los señores de Hurtado cruzaron sus miradas como deseando estrellarla, y luego disimularon prestándole atención con sonrisa burlesca.

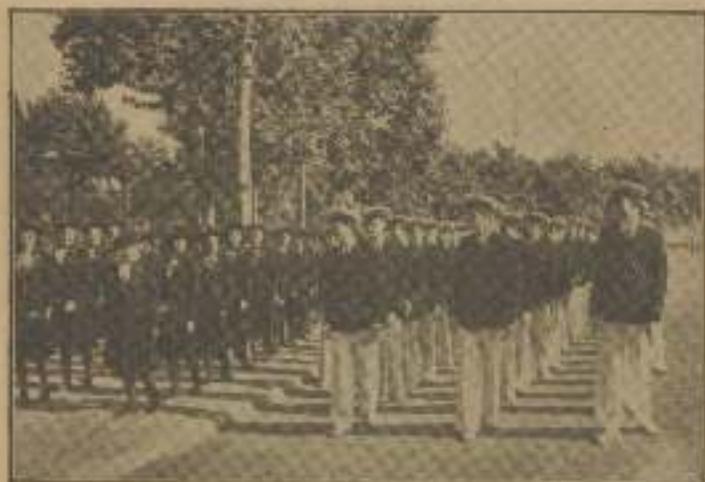
—En mí encontrará usted siempre lealtad. Una lealtad un poco salvaje, pero nunca el engaño. ¿No es esto preferible?

Gómez no encontró escapatória, y tuvo que darle la razón.

—Sí; yo también creo que el



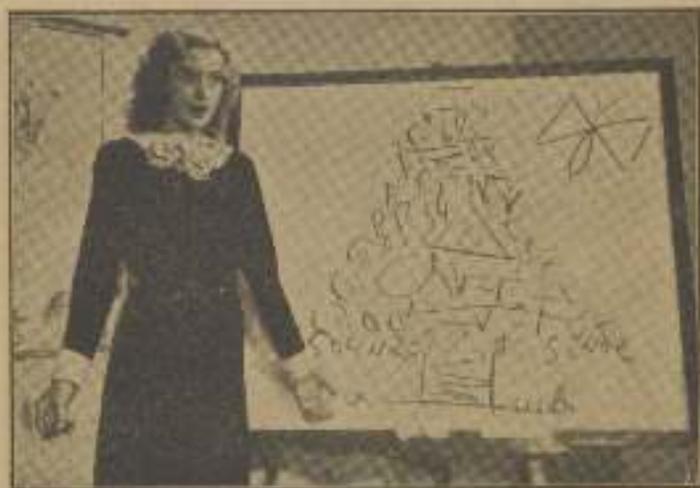
—Os miro a las dos.



...y entre los jóvenes se cruzaron las sonrisas de rigor...



—¡Chica, qué suerte! ¿Cuándo tendrá ya un novio que me quiera tanto?



—Yo lo ve usted, señor Director. Que han florecido las raíces.



—Bueno, pero... ¿es idiota o nos está tomando el pelo?



—La sola condición que impone para la boda es la de que antes
ha de terminar sus estudios.



Ya no quiero aprobar,
pues no quiero perder
el derecho divino
de ser sólo mujer.



—El baile es uno de mis muchas debilidades.



—Al hermano de una compañera. Un chico muy simpático.



—Ya sé, ya sé ya por qué no quieres que esta boda se realice...



—Esto es la razón de que no me hayas tenido a tu lado desde el primer momento.,,



—¡Es maravilloso!



„Pierrot besa a Colombina en los labios...”



—¡Mira, mira qué maravilla de "trousseau"! Digno de una princesa.



—No sé qué tienes hoy. No estás guapo.



—Tu cara es la único que no refleja bien el momento.

engaño, por muy cortés que sea, encierra mucha más crueldad que la verdad más amarga.

La pequeña le alargó la mano en plan de camaradería.

—¡Chóquela! ¡Usted y yo nos vamos a entender divinamente! Por de pronto, esta misma noche emparezaremos nuestro plan de diversión, yéndonos al "Gran Concert". Dicen que es un lugar elegante y cosmopolita. Allí se reúnen gentes de todas las clases y de todos los colores. Bien pueden ir unos papás tan poco ñeños como los míos, una colegiala tan desenvuelta como yo y un cotorroncete solterón como usted.

Los padres de Josi no sabían ya qué hacer ni a dónde mirar, y resolvió la situación el propio Gómez, atendiendo los deseos de la muchacha.

Al poco rato se encontraban ya en el elegantísimo "music-hall", donde la orquesta, cuando ellos entraron, interpretaba un delicioso fox.

Desde el guardarropa, donde acababan de dejar sus abrigos, y desde el que se dominaba todo el salón, les animó Josita.

—¿Qué les parece?... ¿Verdad que es un lugar muy alegre? Yo no concibo la vida si no lleva siempre un fondo musical; y cuanto más lo

co sea su ritmo, mejor. Esto me ha costado que me echartan del Colegio. El baile es una de mis muchas debilidades.

Poniéndole acompañamiento a las excusas de Alfredo Gómez: "Lo malo, hija mía, es que yo no soy buen bailarín", marcó ella unos sencillos pasos de "claquet" y afirmó, como si fuese la cosa más natural del mundo:

—No importa; ya encontraré alguno mejor.

—Hija mía—le dijo su madre, siguiendo a los hombres que, con el maître", elegían mesa—, me tienes asombrada. Pero, ¿es que estás loca?

—Nada de eso. Estoy alegre.

Ya acomodados, preguntó el naviero:

—¿Champaña?

La madre aceptó, pero Josi pidió whisky, lo que no dejó de sorprender hasta al camarero.

—Pero, ¿en el Colegio os enseñaban a beber whisky?

Mintiendo una vez más, la muchacha le respondió a su madre que sí, que allí lo bebían todas.

Sobre la pista, la bailarina profesional de la casa realizaba una exhibición coreográfica realmente bella, que entusiasmó a Josi.

—¡Lo que yo hubiera dado por ser bailarina!... Recorrer el mundo

de teatro en teatro y de cabaret en cabaret. ¡Huy, qué gusto!

El camarero comenzó a servir lo pedido, y Josi, con toda valentía, se echó al colete un trago de whisky. No conocía de aquella bebida sino el nombre, y al notar cómo el alcohol le abrazaba la garganta, aunque hizo esfuerzos inauditos por dominarse, no pudo aguantar la tos.

Sus padres la miraron un poco guasones, diciéndole que el "del Colegio" sería más suave, respondiendo ella que sí, con gran seguridad.

Prevenido Arturo por Josi de que irían al "Gran Concert", no tardó en presentarse acompañado de su inseparable guardián.

Los dos se vieron casi al mismo tiempo, y sus miradas al cruzarse parecían darles ánimo para la batalla emprendida. El plan marchaba...

Arturo y tío Manolo ocuparon una mesa frente a la de Josita, aunque un poco distante para llamar menos la atención, y una vez sentados, la muchacha le saludó con la mano muy expresivamente, a cuyo saludo respondió el cadete.

—¿A quién saludas? — le preguntó su padre, que, como los demás, se volvió a ver quién era objeto de tan afectuosa atención.

—Al hermano de una compañera. Un chico muy simpático.

Terminada la actuación de la bailarina profesional, la orquesta atacó una pieza de baile para el público, y comenzaron a salir algunas parejas.

Josi, como si contestara a una invitación de Arturo, que éste no le había hecho, porque no dejaba de estar un poco atemorizado, se levantó, indicando a los suyos que iba a bailar y que volvería en seguida. Arturo se levantó también, yendo a su encuentro, aunque sorprendido de la audacia de su novia, mientras tío Manolo se veía obligado a bailar con una otoñal que le había estado haciendo señas y a las que él había correspondido creyendo que se las hacía a Josi, la cual, a su vez, a quien se las había hecho era a Arturo.

Alfredo Gómez quedó muy serio ante aquel modo de actuar que consideraba incomprensible, y los padres de Josita temieron por un momento que sus planes se vinieran a tierra.

La señora de Hurtado quiso paliar en lo posible lo ocurrido, diciendo:

—¡Qué hermosa ingenuidad tiene la juventud! ¿eh?

—Sí, muy hermosa — respondió Gómez.

A su vez, el padre intervino también por decir algo.

—¿Qué le parece, amigo Gómez, la baja fulminante de las Navieras?

—¡Psch!... Era de esperar.

Contestó distraído, con la vista fija en el baile y en la pareja que formaban Arturo y su prometida. Se les veía alegres y conversar animadamente...

—Te aseguro que si esta noche no me rechaza es que no tiene ni pizca de vergüenza.

—Aunque lo consigas, tus padres te alejarán de mí.

—Lo urgente es desharatar la boda. Después, ya veremos lo que se hace. Puede que me encierren, pero ya saldré.

Había que romper aquel mutismo de Gómez, y el señor Hurtado insistió en su tema, creyendo halagarle:

—Yo preveo, amigo Gómez, que nuestras acciones subirán como la espuma en cuanto sea un hecho nuestra fusión financiera.

—Sí, quizá; pero no conviene precipitar los hechos...

El matrimonio quedó decepcionado, y a hurtadillas buscó en la pista a su hija, que en aquel momento abandonaba el baile, saliendo a la terraza con Arturo.

Pegados a la halaustrada, aleja-

dos de todo el torbellino de la pista, sus palabras tenían más intimidad.

—¡Ay, Josi! ¡Qué peligroso me parece este juego!

—Tú déjame hacer. Los hombres sois muy cobardes. Si por ti fuera, me semetería como una cordería y a llorar los dos por los rincones nuestro infortunado amor.

—Tengo mucho la indignación de tus padres — repetía Arturo —, ¿Qué te ofrezco yo en compensación a todo a lo que por mí renuncias?

—Lo mismo que yo a ti; porque, descuida, mi papaito, en justo castigo, no me dará ni linda.

Al terminar el baile, Alfredo Gómez se dió cuenta de que Josi no estaba en el salón, y con la vista fija en los señores de Hurtado, sonrió significativamente.

La madre de Josita se dió cuenta de cuanto les quería decir en aquel lenguaje mudo, y se levantó rápida.

—Voy en busca de Josi; quizá no nos encuentre.

La pareja, entretanto, enfrascada en su charla, ni se dió cuenta de que el baile había terminado.

—Mamá es muy diferente a papá— decía Josita—. Siempre ha sido para mí como una hermana mayor.

—¿Y, por qué no le dices a ella la verdad?... Tal vez te comprendiera y entonces no tendríamos necesidad de continuar esta farsa.

La muchacha pensó que no era tan fácil como a simple vista parecía.

—Varias veces quise hacerlo, pero al empezar esquivaba la conversación. Teme a papá, que, por lo visto, se juega mucho en esta boda.

Sobre el breve silencio que se produjo, eran dos a mirarlos: la luna, eterna amiga de los enamorados, y la madre de Josi, que desde la puerta de la terraza la llamaba, menos sorprendida que disgustada al verla con Arturo.

La pequeña fué a su encuentro.

—¡Mamá!... ¡Hacia tanto calor ahí dentro...!

—Sí; lo comprendo.

Y las dos mujeres salieron, correspondiendo con una inclinación de cabeza al saludo del cadete.

El señor Hurtado había vuelto al tema comercial, que era su único fuerte, pero Gómez le dejó desconcertado al no querer seguirle por ese camino.

—¿No le parece, amigo mío, que éste es un lugar demasiado frío

volo para tratar asuntos de finanzas?

—Sí, realmente...

Y añadió al acercarse las mujeres:

—No, no os sentéis. Si al señor Gómez no le contraría, nos retiraremos ya.

—A su gusto—dijo éste, levantándose.

Pagado el servicio, salieron hacia el guardarropa, donde formaron dos grupos conjuntos.

—Comprendo que no le distraigan a usted estos lugares—dijo la señora de Hurtado, recibiendo el abrigo de manos de Alfredo Gómez, que replicó con cortés intención:

—No, no lo crea usted, señora; celebro mucho haber venido.

Josita se colocaba su magnífica capa de piel, ayudada por su padre, quien terció diciendo, con cierta dureza contenida, y más bien para que su propia hija se diera por enterada:

—Sí... pero por hoy, ya está bien.

La muchachita salió a la calle contenta. A su entender, la experiencia había sido eficaz y el plan, por lo tanto, rendiría los frutos apetecidos.

CAPITULO IV

¡No me caso y no me caso!

La contenida tormenta estalló al llegar a casa. El señor Hurtado cogió a su hija por delante, y la puso como chupa de dómine, llevándole y trayéndole cuanto había sucedido aquella noche, mientras paseaba nervioso por la habitación.

—Ya está bien. ¿Qué dirá de nosotras ese hombre? ¿Que pretendemos casarle con una imbécil a cambio de sus millones? Y más vale que piense que eres una imbécil.

—¡Que piense lo que quiera! ¡Me tiene sin cuidado!

—¡Hija! — exclamó la madre, abrazándola, conciliadora.

Su padre, cada vez más encolecizado, continuó:

—Pues, tú verás. No sé, ni me importa, lo que te mueve a conducirte así, pero sea lo que fuere, no cuentes con mi apoyo jamás. ¿Entiendes?... ¡Jamás! Y si insistes en

tu actitud de enferma, te recluiremos en una casa de Salud.

Josita contestó decidida:

—¡Mejor! Prefiero eso a casarme con un viejo. Y si hubierais contado conmigo antes de comprometeros, ahora no tendría yo que ponerme en ridículo. Y ya lo sabéis: ¡no me caso, no me caso y no me caso!

Sin esperar más salió de la habitación rápidamente, cerrando la puerta de golpe, y se metió en su alcoba. Las fuerzas le faltaban, después de tamaño esfuerzo para contestar como lo había hecho, y se dejó caer en la cama, florgndo.

Pocos minutos después, su madre entraba también en la alcoba; toda llena de compasión se acercó a su hija, levantándole la cara y secándole las lágrimas.

—Vamos, vamos, pequeña... No

llores, bobita... Es justo que papá se haya enfadado. Te estás burlando de ese hombre de un modo muy cruel, y no lo merece. Anda, cuéntale a mamá la verdad de toda esta farsa. Tú no eres esa niña inconsciente y loca que aparentas.

José se echó a llorar en los brazos de su madre.

—Ya sé, ya sé por qué no quieres que esta boda se realice; porque quieres a otro, a aquel de la terraza...

La apartó un poco de sí para verle la cara, y la joven bajó la vista.

—Sí, mamá.

—¿Quién es?

—Un muchacho de posición modesta. Un cadete de marina.

La madre acarició suavemente la cabeza de José, inclinada sobre su pecho.

—¡Pobre pequeña! ¡Qué pena me da lo que voy a decirte, pero es preciso! Luego, tú decide... Yo sé que eres buena y comprensiva. Escúchame con calma.

Josita alzó la cabeza, un poco alarmada ante las revelaciones que esperaba le fueran hechas por su madre.

—Esta boda no es para tu padre, de mí ya sé que no lo dudas, un afán de acumular millones. Él tampoco te hubiera impuesto un sa-

crificio... Alfredo Gómez no es, ni mucho menos, un hombre vulgar. De no haber tenido tú ya ese capricho...

José hizo un gesto de protesta, pero su madre no la dejó hablar.

—Sí, nena. Es el primer juguete que te negamos. A no ser por eso le habrías encontrado hasta interesante, y en el resto de tu vida, ¡cuántos caprichos no te habrían proporcionado sus millones!

—A todo renunció muy gustosa.

—Ahora sí, ya lo sé; pero ya no se trata de caprichos. Si tu padre no logra su fusión financiera con ese hombre, es la bancarrota de todo su crédito. Estamos a punto de la quiebra más ruidosa. No creo que tu padre la afronte. Temo mucho que haga un disparate.

—No digas eso —exclamó verdaderamente apenada la muchacha, mirando a su madre. Pero leyó la verdad en sus ojos, la verdad que se resistía a creer, y, apartándose de ella, reclinó la cabeza en los cristales del ventanal.

La madre fué a reunirse con su hija de nuevo.

—Esta es la razón de que no me hayas tenido a tu lado desde el primer momento para cortar lo que ya vi que no te agradaba. Perdóname, pero el miedo a lo que pudiera hacer tu padre me hizo egoís-

ta. Además, que también creía sinceramente haber encontrado tu dicha. ¿Qué podría faltarle nunca a mi pequeña al lado de un hombre tan bueno y tan rico? ¡Claro!... Razonaba con mis 45 años, y los tuyos tenían más razón...

Cogió la cara de Josita, llena de lágrimas, entre sus manos, y después se abrazaron las dos con fuerza.

No eran madre e hija; otra vez, como dos hermanas, habían puesto a la par sus corazones y latían al unísono.

CAPITULO V

Tengo que casarme

Bordeando las anchas avenidas de un bosque, avanzaban dos jinetes y dos amazonas. Una de ellas, que no es otra que Josi, se apartó del grupo y echó al galope por una senda. La siguió inmediatamente uno de los jinetes, logrando al fin darle alcance. La muchacha se echó a reír al verse vencida, y él, nuestro Alfredo Gómez, le preguntó con sencilla campechanía:

—¿Querías alejarte de mí o probarme como jinete?

—Ninguna de las dos cosas — respondió la muchacha.

Comenzaron a caminar juntos, al paso de los caballos, mientras ella explicaba:

—Eché por el atajo, porque así podríamos hablar con más libertad. Ya veo que usted comprendió perfectamente mi deseo, siguiéndome.

—A la mujer sensata y encantadora que estoy descubriendo en ti,

la seguiré donde quiera llevarme. Ya lo sabes. Tú dirás...

—¿Y si lo lleva a despeñarse?

—¿Dónde está el abismo?—inquirió Alfredo, precipitadamente.

Josita se echó a reír, haciendo parar al propio tiempo a su caballo.

Las relaciones, de cordialidad al menos, entre estos dos novios más de imposición que de sentimiento, habían mejorado bastante por lo que podía deducirse de su conversación. La muchacha llegaba donde jamás pensó que pudiera llegar, al preguntarle:

—¿Me perdona usted mis tonterías de antes?

—Más aún: las agradezco.

—No es posible — continuó Josi—. Tuvo usted que formar de mí un concepto muy triste.

—De aquélla y de ésta, hice en

mi imaginación una mujer mucho más interesante.

—¿Fundióndolas? — indagó la joven.

—Y sacando una verdad magnífica.

—¿Una verdad?

—Sí; que tienes un gran corazón, y si hoy no es mío lo podrá ser algún día.

—Menos mal; una cabeza loca, pero un gran corazón.

—No se puede pedir más a tus pocos años.

El matrimonio Hurtado llegaba en aquel momento a enlazar con la avanzadilla, y la señora reprendió a Alfredo, cariñosamente:

—Querido Gómez: eso no vale. Nos la quiere usted raptar antes de tiempo.

—No, señora. He sido yo el raptado. Ella es la dueña de estos terrenos, y me llevó por donde quiso.

—Sí, es verdad—dijo Josi, riéndose y poniendo el caballo al paso.

Se formaron dos parejas, cabalgando la madre junto a su hija, y los hombres detrás.

El señor Hurtado, satisfecho de aquella propiedad, se la mostraba, orgulloso, a su visitante.

—¿Qué le parece a usted la finca?

—Magnífica.

—Pues aun no ha visto usted

todo el terreno. No es jornada para un día.

Los nombres se distanciaron un poco, observando algunas particularidades del terreno y abarcando los magníficos panoramas que se dominaban desde aquella altura, lo que aprovechó la señora de Hurtado para sondear un poco el alma de su hija.

—¿Estás contenta, nena?

—Sí, mamá; no te preocupes. Tenías tú razón.

La excursión a la sierra no duró más de tres días, pero fué un sedante para el cuerpo y un reposo para el alma de la conurbada Josi. Estaba decidida. Las cosas no podían ser más que como su madre le había dicho. ¿Qué fuerza moral tenía ella para rebelarse contra un hecho que llanamente venía situado así, en el que ni siquiera hubo imposición violenta, y sobre el cual gravitaban la tranquilidad de los suyos y la dulce paz del hogar? Bien sabía Dios que estaba su amor, por lo menos aquel primer amor que tanto ilusiona a toda mujer, en

otra parte; pero el destino la forzaba a unirse en matrimonio con Alfredo Gómez, y ella sabría hacerle feliz y ser dichosa, matando en flor aquel brote tierno de pasión que hasta entonces venía echando raíces en su corazón de colegiala.

Y con su franqueza de siempre le contaba todo esto a Arturo, en aquella mañana de verano, paseando por los rincones solitarios del jardín del Retiro.

—No es posible, Josi. No es posible que seas tú la que habla así.

—Pues yo soy; y soy la misma de antes. No creas que ha cambiado mi cariño.

Josita vestía un traje vaporoso color malva, y se tocaba con un amplio sombrero de paja. Estaba más bella que nunca; entonces, cuando más daño hacían sus palabras al desventurado amante.

—¿Y vas a casarte con él?

—Sí; no tengo valor para afrontar la catástrofe económica de casa.

Se aproximaron al estanque, acodándose en la barandilla. Sus figuras, turbiamente y con desigualdad, se reflejaron en el lago. La de Arturo tenía un gesto de duda, marcaba el desdén y el menosprecio de una compra. La muchacha protestó.

—Por mis padres únicamente. Están acostumbrados a vivir rodea-

dos de lujo y en un mundo que no perdona la ruina.

—¿Ves ahora cómo yo tenía razón al decir que era muy poco para ti? Tú, entonces, con una inconsciencia de colegiala, no querías verlo.

—Antes, no—prosiguió con noble orgullo—. Yo me creía rica; podía permitirme todos los lujos: hasta el de querer a un hombre, sin pensar en el porvenir.

—¿Qué sensata te han hecho! ¿Y en qué poco tiempo!

Josi, apoyando su mano sobre la solapa de la chaqueta de Arturo, y mirándole fijamente a la cara, lloraba casi sus palabras.

—¿Cómo podría yo convencerte de que no es por mí?

—¡Ya! Es sólo por poner sus millones a la disposición de tu padre.

—¿No me harás la ofensa de creer que también a mí me han cautivado?

—Cautivado, no; convencido...

La estrechó en sus brazos, emocionado y dolorido.

—Josi, no me quieres. Si me quisieras, no podrías prestarte a ese sacrificio.

—Pues queriéndote, me presto a él—dijo la muchacha, deshaciendo el abrazo.

—¡No! Yo no me resigno. Tú

no te cases con ese hombre. No sé lo que haré, pero ten confianza en mí hasta el último momento.

—No seas loco. ¿Qué puedes hacer? Tengo que casarme. Por mis padres... por él mismo, que no merece quedar en evidencia.

Arturo dobló la cabeza sobre sus brazos.

—¡Ah!... ¡Qué poder tan maravilloso el de su dinero! Antes lo veías ridículo, te burlabas conmigo a su costa despiadadamente, y ahora te merece más estimación que yo.

—No, Arturo, no es eso...

—Sí. Sin darte cuenta tú misma, procurando justificar tu conciencia con el sacrificio... pero en todo esto no hay más que una verdad: que a ti también te han deslumbrado los millones de Alfredo Gómez.

El pobre cadete, en su delirio, veía avanzar un remolino de billetes de mil pesetas que lo cubría todo; surgían de todos lados, subían desde el suelo y caían como una lluvia. Mataban sus ilusiones, apagaban sus luces de esperanza, se llevaban a su novia y quedaba solo.

CAPITULO VI

Polichinela compra a Colombina

En casa de los señores de Hurtado están todos vestidos y a punto para ir al teatro. Alfredo Gómez, como gran señor, abre un estuche, mostrando a los asombrados ojos de Josita y de sus padres un magnífico collar de perlas.

Nadie se atreve a rechazar el regalo, Gómez lo coloca sobre el busto de su novia, prendiéndole el broche.

—¡Es maravilloso!—exclama la madre.

José se mira en el espejo, y añade:

—Sí, muy lindo.

El padre le acaricia suavemente las mejillas.

—¡Ya verás la sensación que causas al aparecer en el palco!...

—Verdaderamente—agrega Alfredo—. ¡Cuántos me envidiarán esta noche!

—¡Y cuántas la envidiarán a

ella!—terminó la madre—. De seguro muchas más. Es más fácil encontrar una muchacha como José que un prometido como usted.

El señor Hurtado dobló en su cartera las localidades y el folleto del "ballet", indicando, mientras abría marcha:

—Creo que será por todos conceptos un maravilloso espectáculo.

* * *

El teatro estaba completamente lleno. La fama internacional del "ballet" que iban a presenciar, por el lujo del montaje y la habilidad excelsa de sus ejecutantes, había reunido a lo más distinguido de todo Madrid. Desde el palco que ocu-

paban nuestros protagonistas, el cuadro de colorido y de belleza era magnífico.

Al iniciar la orquesta los primeros acordes, se hizo un silencio absoluto y se recorrió la cortina.

La gracia añadida de la pantomima suavizaba o reforzaba las situaciones dramáticas de la trama: Polichinela, feo y jorobado, pretende a toda costa ser dueño y señor de la encantadora Colombina. Ella no le quiere, pues ama a Pierrot, pero el dinero lo puede todo. Polichinela es rico y muestra a los asombrados padres de Colombina varios sacos de oro. Colombina teme por su amor, y apartada y triste es testigo mudo de la infame venta.

Consumado el trato, los padres de Colombina reciben el oro y entregan su hija a Polichinela. Este, viejo cuco, se deshace en cumplidos y pone sobre su garganta albastrina un magnífico collar de perlas...

Josita no perdió detalle de cuanto estaba ocurriendo en el escenario, y su subconsciente le presentó la similitud de aquel caso con el suyo. Instintivamente llevó su mano al collar que hacía escasamente media hora le había sido regalado por Alfredo Gómez.

En el escenario, Polichinela se

llevaba consigo a Colombina, arrastrándola de la mano.

La muchacha sintió miedo, y como buscando una hipotética ayuda miró hacia las butacas. Sus ojos, acostumbrados ya a la obscuridad, percibieron a Arturo, que tenía también la vista fija en ella.

Transmutado el cuadro, en la tétrica mansión de Polichinela, se ve a la triste Colombina asomada a un ventanal, contemplando el cielo. Polichinela entra en la estancia y se dirige, encolerizado, hacia ella, reprendiéndola por estar mano sobre mano. ¡En su casa hay que trabajar!... Da dos palmadas y aparecen varias azafatas portadoras de un gran bastidor en el cual Colombina tiene un tapiz, casi concluido de bordar, en el que se representa a Pierrot cantando a la luna.

Polichinela vuelve a su cuarto, y Colombina borda. Pero la ilusión va más allá de la obra. Pierrot se anima, y dejando el tapiz salta al lado de Colombina, mientras las azafatas danzan a su alrededor. Pierrot besa a Colombina en los labios...

Y otra vez, como en recuerdo de una dicha perdida quizá, Josi mira intensamente a Arturo. Alfredo Gómez, menos atento ahora a la plasticidad del cuadro escénico, descu-

bre la mirada de la muchacha y sigue su trayectoria, localizando también a Arturo en las butacas, en quien reconoció al bailarín del "Gran Concert".

El desarrollo del "ballet" seguía su marcha. La mansión de Polichinela se ha convertido en un florido campo de almendros, y las azafatas en ninfas. Por él caminan, enlazados por la cintura, Colombina y Pierrot. Vuelven a besarse, y en su realidad ven todavía que no han escapado al poder de Polichinela. Mas ya es tarde. El viejo les descubre, oculto tras unas cortinas: saca un puñal y se dirige hacia Pierrot, a quien se lo hunde en la espalda.

Pierrot se siente herido, y danza con pasos vacilantes, rodeado de Colombina y de las azafatas. Al fin cae muerto, llorando todas junto a él el perdido amor. La noche avanza...

Polichinela da dos palmadas, y aparecen por todas partes servidores patibularios con hachones encendidos.

Toman en brazos el cuerpo de Pierrot y se dirigen con él a la puerta. Le siguen Colombina y las azafatas.

El cortejo fúnebre sale al jardín, para enterrar a Pierrot, y con él el amor.

Avanzan a la luz fantasmagórica de los hachones, hasta dejar el cuerpo de Pierrot en el suelo, disponiéndose a enterrarlo.

Pero Pierrot resucita, porque el amor no puede morir, y Polichinela, al convencerse de ello, se mata del herrinche, cayendo en la fosa que se había preparado para Pierrot.

Pierrot abraza a Colombina, y se disgregan los reinos de la luz y de la sombra; las negras capas de los servidores se trocan en sutiles velos de ninfas, y los hachones pasan a ser caprichosas guirnaldas. Nace el día y las plantas se cubren de flores...

Alfredo Gómez, muy preocupado, observa a Josi, y se hunde en sus pensamientos.

En la escena destumbran los gayos colores de la apoteosis. Por una enorme escalera blanca ascienden enlazados Colombina y Pierrot, mientras danzan las ninfas por el espacio, en graciosos giros. Llegan por fin a la cúspide, que remata una alegoría del amor, y se sientan en el trono, juntándose sus labios, mientras cae sobre ellos una lluvia de flores.

Suenan triunfales las últimas notas del "ballet", y el público aplaude de pie las maravillas del espectáculo.

La batahola y los comentarios propiamente a la salida parecían acallar la confusión de voces que la pobre José creía estar oyendo dentro de sí.

Pero a las pocas horas se debatía sobre el lecho, víctima de una pesadilla horrible. Por la ventana de su dormitorio filtrábase una débil claridad lunar, y cabalgando sobre ella veía las figuras del "ballet"; Polichinela hacía la compra a los padres de Colombina, y oía, acusadora, la voz de Arturo: "A ti también te han sugestionado los millones de Alfredo Gómez".

Su pecho se agitaba, y cuando

ya pensaba encontrar el descanso, surgía de improvviso otra imagen recordatoria: las manos de Polichinela dejando caer constantemente monedas de oro. Y la persistencia de la voz amenazadora: "Tú no te casas con ese hombre. No sé lo que haré, pero tú ten confianza en mí hasta el último momento"...

Y entonces fué alcanzando el sueño grato, hasta quedar dormida: Pierrot abandona el tapiz; huye de la mansión tétrica en busca de los floridos campos de almendros, y allí se besan apasionadamente Pierrot y Colombina bajo una lluvia de flores...

CAPITULO VII

Se fija la fecha de la boda

Su madre entró personalmente a despertarla:

—¡Josi!, ¡Josi! ¡Despierta!

Descorrió las cortinas del ventanal, inundándose la estancia de luz, y haciendo pasar a dos doncellas, portadoras de varias grandes cajas, agregó:

—¡Mira, mira qué maravilla de "trousseau"! Digno de una princesa.

Comenzó a sacar trajes, batas y adornos, mostrándose todo a su hija.

—Más parece heche por hadas que por seres humanos.

La muchacha, distraída, dijo que le parecía todo muy lindo.

Las doncellas, con la franqueza del tiempo y del cariño, pusieron las cosas sobre la cama para que las contemplase bien.

—Viendo todo esto dan ganas de casarse, señorita.

—Y sin verlo, también.

La señora hizo retirar a las sirvientas y dió prisas a su hija.

—Anda, vístete. Aun tenemos que hacer mil preparativos. Y el tiempo apremia. La boda será el trece del próximo.

Cogió un precioso traje de flores, muy vaporoso, y lo dejó sobre una silla próxima a la cama.

—Mira. Es capricho de Gómez que te pongas hoy este vestido.

José, automáticamente, como doblegándose con fatalidad al sino de cada uno, abrió el embozo para levantarse.

Ya vestida, fueron avisadas las camareras para que le dieran los últimos toques, y la madre estaba que no cabía en sí de gozo.

—¡Eres un sueño!... Y es que en todo esto hay algo de sueño. Las acciones de nuestras "Navieras" suben como la espuma, y todo te lo

debemos a ti, mi pequeña. ¿Verdad que eres feliz?...

—¿Cómo no, si lo seís tanto vosotros?—dijo la muchacha, mirándose en el espejo.

—Pues entonces, no tengas ese aire tan triste... Esa no es tu cara...

Josita no respondió nada. Meditó de nuevo en los avances que había conseguido su proyecto de enlace con Alfredo Gómez. La fecha de la boda estaba fijada, la fusión de los intereses comerciales realizada, la alegría de todos era inmensa. ¿Por qué habla de contar la suya? ¡Ya era bastante que accedía a todo aquello de buena voluntad, sin rebelarse, y que sabría cumplir en lo futuro con sus deberes de esposa cristiana y de madre, si el cielo le deparaba tanta dicha!

Una vez arreglada salió al cuarto de estar, íntimo y coquetón, donde le aguardaba su prometido oficial. También él notó la tristeza de su rostro, e igualmente deseó que desapareciera.

—¿Qué tiene mi pequeña Josi? Parece como si la boda le diera un aire prematuro de seriedad.

Tomaron los dos asiento en el sofá.

—¿No quedamos en que le agradaba más esta Josi seria de ahora?

—¡Ah!, pero sin olvidar la otra. Sin duda no he sabido explicarme.

Quiero la sensatez de ésta y la alegre risa de la otra. Aquella risa valía mucho.

—Veremos si yo puedo también fundirlas—agregó Josita, con ánimo preconcebido de hacer un esfuerzo más por agradar en este aspecto a todos.

—¡Claro que podrás! Eso es precisamente lo que más quiero de ti: tu sinceridad, hasta para rechazarne en el primer momento; tus burlas de colegiala; crueles, pero espontáneas. Búrlate si quieres, pero riete...

La muchacha iluminó su semblante con una sonrisa, aunque reía más por el recuerdo que por la dicha presente. Alfredo Gómez estaba encantado.

—Así. Eso es. Hemos de ser siempre dos buenos camaradas; no cejaré hasta lograr fundir a las dos.

—¿No lo había logrado ya?—preguntó Josi un poco atemorizada.

—Tengo la sospecha de que no estaba bien hecho el fundido.

—¿Sí? ¿Desde cuándo?

—Desde anoche.

—¿Por qué?

—¡Qué sé yo! ¡Eres tan impresionable!...

Y mirándola fijamente continuó su charla, como si con los ojos y el

tono de la voz pretendiera penetrar en los pensamientos de Josi.

—Quizás te entristeció la suerte de aquella pobre Colombina, enamorada de Pierrot, y cuyos padres no vacilaron en vendérsela a Polichinela por unos sacos de oro.

—No tenía por qué entristecerme. Al fin, Colombina triunfó en su amor...

En tono aun más penetrante, prosiguió Gómez:

—Claro. Eso es lo que yo pienso. No tenía por qué. Yo he de sembrar tu vida de muchas más rosas que aquellas del "baller", para que jamás dejes de reír...

Josita quedó ganada por la sinceridad de unas palabras, y sinceramente también respondió que reiría. Y siguió escuchando con atención creciente cuanto decía su "novio".

—Yo no quiero que se te pegue la seriedad de mis muchos años. Al contrario: busco en ti el contagio de los pocos tuyos. Y, efectivamente, me voy contagiando. Me siento más optimista, más joven. Presiento que seremos muy dichosos, pequeña...

Le cogió las manos, cual si quisiera así poner una rúbrica a sus palabras, dichas todas ellas de corazón.

—Tú empieza a soñar cuanto

desees, que yo haré el milagro de que tus sueños sean realidad.

—¿Qué puedo desear si se anticipa usted siempre a todos mis deseos?

—¡Bah!... ¡Cuánto puede haber en esa cabecita a donde mi torpeza no pueda llegar! Piensa, busca... ¡algo habrá!

Con gesto un poco receloso, dijo la muchacha que nada.

—Bien. Seguiré yo buscando— insistió Gómez, repantigándose en el sofá—. He de conseguir borrar de tu cara ese triste gesto de Colombina, que no te va. Es necesario para que seamos dichosos; si no, me consideraría fracasado.

Le levantó la cara suavemente, y observó que por el rostro sereno de Josi resbalaba una lágrima. Se le nublaron los ojos de tristeza, y se puso de pie, sin preocuparse para nada de cuidar la arrogancia de su figura.

—Digas lo que digan — agregó— la felicidad es cosa que si se puede fabricar.

Dió unos pasos por la habitación, deteniéndose casualmente ante el espejo, y se vió viejo. Avanzó lentamente, hundida la figura, y su imaginación trocó su traje por el listado que vestía Polichinela. Alfredo Gómez sintió una infinita amargura, que se acrecentó al ima-

ginarse igualmente a Josi vestida de Colombina.

Procuró serenarse rápidamente y dijo en tono ambiguo:

—El viejo Polichinela fué torpe. No supo emplear sus millones. Con ellos compró a Colombina... pero se le olvidó lo más importante.

—¿El qué?—preguntó Josita.

Gómez respondió lentamente:

—Comprar a Pierrot.

—Pero Pierrot no se habría vendido.

—Los millones de Polichinela pudieron hacer el milagro.

Él sabía que Josi no había logrado entenderle. Pero era igual. Se entendía él solo y bastaba. Polichinela moderno sabría encontrar la fórmula exacta de la felicidad.

CAPITULO VIII

Mi último regalo de novio

Pasados unos días en el pueblo y con el pretexto de los estudios, Arturo había vuelto a la capital. Quería estar cerca de Josi, pero bien poco supo de ella y apenas si pudo verla en contadas ocasiones.

Tío Manolo, vestido con el único traje negro que tenía un poco decoroso, entró como una bala en la habitación del cadete, y comenzó a zarañearle y a quitarle las ropas de la cama.

—Pero, ¿qué es esto? ¿Todavía estás durmiendo? Arriba ahora mismo.

Arturo se despertó sobresaltado.

—¿Qué hora es para este escándalo?

—Las nueve de la mañana—le respondió el tío, abriendo la ventana, por la que entró un alegre sol de primavera.

El joven alargó de nuevo la ropa de la cama, dispuesto a reanudar el sueño.

—¡Vamos, hombre, déjame en paz! Yo creí que serían lo menos las dos, para esas prisas.

Manolo le impidió taparse.

—¿Estás loco? ¿Tú sabes qué día es hoy?

—¿Qué sé yo! ¡Como no sea el de los Inocentes!

—Sí, sí. ¡Menada inocentada se te prepara! ¡Hoy es día trece! ¿Lo oyes? ¡Estamos a trece!

—Bueno, no soy supersticioso.

Su tío le obligó a levantarse, y a empujones lo metió en el cuarto de baño.

—Mira: no me haga perder minutos en digresiones. Vístete ahora mismo. Tenemos el tiempo justo.

—Pero, ¿para qué?

—Para llegar a tiempo.

—Pero, ¿a dónde? —preguntó Arturo con ánimo de descifrar aquel enigma.

El tío Manolo no sabía mucho o sabía demasiado, pero el caso es

que sus contestaciones no aclaraban nada.

—¡Allí!—se limitó a decir.

—Pero, ¿dónde es allí?

—Mira, mira... Entra y dúchate bien, porque estás embotado. Esta mañana no coordinas. Y a ver si ee te pone otra cara, porque hoy tienes un mal día... ¡Hoy no estás guapo!

Logró por fin meterlo en el cuarto de baño, y cerró la puerta. Al poco rato se oyó el ruido de la ducha, y respiró tranquilo. Aprovechó el tiempo sacando varias prendas del armario, que tendría que utilizar su sobrino. Se le notaba muy alegre, y no hacía sino tararear la cancioncilla, algún tiempo popular en la Academia y en el Internado, de: "Yo no quiero aprobar"...

Una vez fuera la camisa, el cuello, la corbata, los puños y los zapatos, preguntó:

—Oye, ¿dónde tienes el uniforme de gala?

Arturo le respondió desde dentro que se dejara de bromas.

—¡Sí, sí, bromas!... ¡Ya verás qué bromitas!

Encontró doblada en la maleta la chaquetilla de marino, y contemplóla desilusionado.

—Oye: ¿Pero esto es todo lo que tenían para ir de gala?

Arturo salió, peinándose, a ver

el desbarajuste que estaba haciendo su tío.

—¿Qué querías? ¿Que tuviera un uniforme de Almirante?

—Hombre, de Almirante, no; pero un poco más decorativo, desde luego.

Le tiró los pantalones sobre la cama.

—Ahí va eso. ¿Qué te parece si compráramos unos cordones dorados y se los pusiéramos para que lo hicieran más decorativo?

—¿Pero, te has vuelto loco, tío?

—Es que así está esto tanoso...

—Bueno; llevas media hora diciendo incongruencias... Tío Manolo, no me lo niegues: tú has bebido.

Le respondió al propio tiempo que le tiraba los zapatos:

—¡No he bebido! Pero pienso beber. ¡Y tú también! Ahí va eso...

—Para olvidar, ¿verdad?

—Para lo que sea.

Arturo se iba vistiendo, llevado del respeto y aun más del cariño que sentía por su tío Manolo, pero no entendía ni jota de tal jeroglífico.

—Pero ¿así puedo saber a qué viene?

Manolo le alargó la chaquetilla.

—Querido sobrino: no seas melón. Ponte eso rápidamente y calla.

No obstante, aceptaba el misterio de buen grado. Suponía que su

tío tendría concertada alguna entrevista con Jesé, y eso le alegraba. Así y todo, procuró irle sacando de sus casillas por si podía conocer algo concreto.

—Bueno; y si yo me negase a seguirte en la broma, ¿qué pasaría?

—Pues que te llevaría a rastras, y llegarías muy desahogado.

Sin hacerle más caso, siguió rebuscando en el armario.

—¿Dónde está tu gorra de plato?

—En el estante de arriba — le avisó el cadete, que se acababa de perfilar frente al espejo—. Pero, todo esto es incomprendible.

—¡A callar! — le repitió el tío; y agregó, encontrando la gorra—: ¡Toma, póntela! A ver si esto te favorece un poco... No sé qué tienes hoy. No estás guapo. Está visto que no es tu día.

—Pero, ¿me quieres decir ya de una vez qué día es hoy para esta guasita?

Tío Manolo, cogiéndole del brazo, se lo fué llevando hacia la puerta.

—¡Un día fatídico! ¡Trece! ¡Pronto lo sabrás!

—Pero...

—Tu misión por ahora es ver, oír y callar... ¡Tira p'alante!

La frase chulesca caía muy bien

en los labios de tío Manolo en la ocasión presente; su sobrino la rió de buena gana y le siguió dispuesto a ver en qué paraba la aventura. Para él, sin embargo, sólo había una esperanza y una ilusión: la esperanza de ver a Josita pronto, y la ilusión de que un milagro inesperado les permitiera dar paso franco a su perenne amor, adormecido por ahora en los dos, pero no muerto.

* * *

Y todo el misterio estaba en que aquel día trece era el señalado para el anunciado enlace de Josita Hurtado y Alfredo Gómez.

A esa hora, ya el ajetreo en la casa de la novia era enorme, y todavía seguían llegando regalos.

El "hall" estaba profusamente adornado de flores, y lo cruzaban continuamente criados y sirvientas cumplimentando encargos o llevando regalos.

El mayordomo, como experto capitán de la nave, atiende a los servicios, da órdenes, cumplimenta visitas y prepara sus "fuerzas" para rendir honores al paso de la doncella que va a desposarse.

A una muchacha que se encamina a la sala de los regalos, llevando varias cajas, le advierte:

—No, no. Esas cajas arriba. Allí, sólo los estuches.

Inspecciona el regalo que llega en ese momento, y se lo entrega a otro criado:

—Cuchillos.

Distribuye los encargos de flor suelta que se reciben.

—Las flores, todas al comedor. Arriba ya hay bastantes. Las blancas a la capilla.

Por la escalera baja corriendo otra criada, y le dice de parte de la señora que se preocupe de las gardenias, que todavía no han llegado.

Una más, toda presurosa, le recuerda que no deje de avisar en cuanto llegue el señor Gómez.

Llaman a la puerta, y acude diligente por si son las gardenias. No; es un nuevo estuche, y también de cuchillos.

Otra doncella trae una orden para el "chauffeur":

—Que saquéis, además del coche blanco, el Mercedes grande.

Llega un botones con una caja blanca con las gardenias. Se la arrebató una muchacha, y le dice a otras que ya iban hacia arriba:

—Las gardenias. Avisad a la

señora que ya están aquí las gardenias.

Comienzan a llegar invitados de orden secundario.

Dos señoras, de edad indefinida, con muchas alhajas y gran acopio de perifoneos, abordan al mayordomo con suma confianza:

—¿Qué, llegamos tarde, Pedro?

—No, señoras mías; de ningún modo. Tengan la bondad de pasar por aquí.

Toman la ruta indicada, cuchicheando entre sí:

—¿Ves, mujer? Siempre crees que por mí vas a perder algo.

—Es que hoy no quiero perder nada.

Pedro comenta con el portero sobre la pareja:

—Cuchillos, también.

La señora de Hurtado les sale al paso, saludándolas:

—¡Hola! ¿Qué madrugadoras!

—Sí. Queremos darle un beso antes de salir para la Iglesia—remarca una.

—Luego habrá demasiada gente—recalca otra.

—Bien. Podéis entreteneros en ver los regalos. Yo voy a disponer los últimos preparativos. Aun queda tiempo.

Las dos preguntan, cargadas de curiosidad:

—¿Llegó ya el novio?

—No. Pero no puede tardar. Perdonadme, quiero que ya esté lista cuando llegue.

Las deja para seguir en su ajitreo, y encuentra en el "hall" a otro criado con más estuches.

—¿Qué es eso?

El criado se los muestra.

—Más cuchillos.

—¡Jesús! — dice la señora de Hurtado, tomándolo a broma—. Va a parecer esto una cuchillería.

Se encuentra también con otros invitados, a los que atiende.

—¡Hola!... Pasen. Pasen allí...

Y escapa al cuarto de su hija, deseosa de gozar una vez más de su belleza.

A la puerta del palacete van llegando infinidad de coches. Al pie de la escalera se detiene también un magnífico auto blanco, cuyas portezuelas tienen azahar en los manillares. El "chauffeur" y el lacayo, de acuerdo a la gala del día, visten igualmente uniformes blancos.

* * *

Josita, vestida de novia, espera en la salita contigua a su alcoba, donde todavía modistos y doncellas dan los últimos toques al traje.

Su figura se remarca airosa y llena de eufimia. La tela "piel de ángel" y el tul vaporoso parece que no hubieran tenido, hasta que ella los usara, un acoplamiento mejor.

La rodeaban, admirándola y bellas también, las lindas muchachas que formaban su corte de honor, ataviadas con trajes blancos, de suprema elegancia.

La señora ordenó al servicio que le avisaran a ella tan pronto llegase el prometido, y entró en la salita, quedando admirada.

No tenía ojos bastantes para contemplar a su hija.

Su alegría era tanta, que nada encontraba superior a aquel momento.

—¡Hija mía, eres un sueño!

Y en su gozo de madre, preguntaba a todos:

—¿Verdad que está divina?

Y volvía a mirarla de nuevo, y le comunicaba todas sus impresiones.

—No puedes imaginarte cómo está aquello de regales... Es una joyería.

—Id, id a verlos—les dijo a todos, para que compartiesen su alegría.

José, sin embargo, tenía un aire triste, como si su pensamiento estuviera lejos.

—Toma. Coge el ramo—y le entregó la buena madre el "bouquet" de gardenias—. Quiero ver el efecto completo.

Josita cogió el ramo de flores, pero más era su talle de imagen dolorosa que de novia.

La madre se dió cuenta y la abrazó fuerte, como dándole alientos.

—No tengas esa cara tan seria, pequeña... Te da un aire de tristeza que no le va al momento.

El padre entró en la habitación para prevenirles.

—Me parece que ya ha llegado Gómez. ¿Estáis dispuestas?

—Sí, sí—afirmó su esposa—. Sólo me falta el sombrero.

Comenzó a colocárselo, cuando avisó un criado que el señor Gómez había llegado.

—¡Anda, hombre, anda!—dijo la señora de Hurtado a su marido—. Baja a recibirlo. Yo voy ahora mismo.

Pero no tuvo tiempo. La voz de otro criado apenas dejó de anunciar a don Alfredo Gómez, cuando éste, en el centro de la habitación, se acercaba a José y besaba con galantería su mano.

Después se retiró a prudente distancia, diciendo:

—¿Puedo ver a la novia antes que la curiosidad de todos manché esas flores?

—¡Claro!—interrumpió la madre, saludándole con afecto—. ¿Quién con más derecho?

Gómez quedó satisfecho del examen.

—Estás realmente bonita. ¿Me dejas que me sienta orgulloso? Evidentemente. Este es un día que no concibo cómo he podido esperar tantos años para gozarlo. Todo cuanto nos rodea transpira optimismo, dicha... ¡He sido un estúpido!

Pero el impasible rostro de José parecía desmentir las palabras de

Alfredo Gómez, y éste, percatado de ello, prosiguió:

—Tu cara es lo único que no refleja bien el momento.

Si todos fueran capaces de calibrar la dura batalla interna que Josi estaba sosteniendo en aquellos momentos, no se extrañarían de la palidez ni del gesto triste y sombrío de su rostro. Se extrañarían, si acaso, de que se mantuviera todavía de pie, vestida con el traje blanco de novia, y de que no lo hubiera hecho trizas con sus propias manos, negándose en rotundo a verificar aquel casamiento.

¿Por qué accedía, si su amor lo tenía vinculado en otra persona?

¿Con qué derecho sus padres habían iniciado tal compromiso con Alfredo Gómez sin consultarla siquiera, como si fuese la cosa más natural del mundo mandar en su corazón?

¿Y por qué había venido claudicando y transigiendo?

Estas tres preguntas revoloteaban constantemente en su cerebro, y hacía esfuerzos inauditos por apartarlas de sí y llegar sin contratiempos hasta el final.

Después... ¡bien sabía que habría de costarle una grave enfermedad! El tiempo sería el sedante de su dolor, viviría rodeada de comodidades, se consolaría junto a su

madre, la distraería la novedad de la vida de casada, tan distinta a su juventud y a sus años alegres de colegiala, pero tendría como compensación máxima haber salvado a sus padres, con su sacrificio, de la ruina, y evitando todo duelo y quebranto que cualquier decisión violenta de su padre les hubiese podido acarrear.

Y Arturo, aunque de veras la quería, podría consolarse pronto. Su misma profesión le daba facilidades para ello. Embarcaría un día cualquiera, sin ella saberlo, y otros climas, otros ambientes y otras mujeres cerrarían las cicatrices de su dolor y sería feliz. Hasta podría casarse. ¿Por qué no, si era libre, si no iban a atarle, como a ella, y su alma de enamorado podría encontrar otra gemela que le comprendiese?

¿Cómo no iba, pues, a estar triste en el día de su boda?... Su caso no era el de toda doncella enamorada que lo espera como el más rosado y feliz de su existencia, sino muy otro.

Pero no podía rebelarse, ni siquiera abofetearles, ni siquiera gritar que se callaran, ni siquiera rogarles que guardasen un piadoso silencio.

Bastante hacía con tener su alma en comunicación constante con

Dios, a quien rogaba que no la abandonase en ese trance y le diese fuerzas suficientes para declarar públicamente, y ante Él en el altar, que aceptaba como esposo a Alfredo Gómez.

Y no es por ello que tenía animosidad contra su prometido, que le repugnase su aspecto físico, que le desagradaran sus prendas morales, que le molestase la diferencia de edad, no; por el contrario, Alfredo Gómez merecía todo su respeto y todo su cariño, se desvivía por atenderla y era un esclavo de sus caprichos.

Pero que nadie le dijese nada; debían comprender que apartó de sí el amor e iba recta hacia el deber.

La madre de la muchacha comprendió más pronto que nadie cuanto pasaba por el conturbado espíritu de su hija, e intentó desviar la atención de Alfredo.

—¿Ha visto usted los regalos? Algo fantástico... Sin duda los suyos picaron el amor propio de los amigos.

Gómez, que había quedado abstraído en la contemplación de Josita, volvió a la realidad.

—¡Bah! Esos no valen nada.

Y se aproximó a la novia triste, queriendo ponerla en tensión con sus palabras.

—Hoy te traigo uno...

La señora do Hurtado hizo un gesto como queriendo evitar que dijese nada, pero él la atajó rápido:

—No proteste. Es mi último regalo de novio.

Y siguió persuasivo hacia la muchacha.

—Algo con que espero borrar ese triste gesto que desdice en este día de fiesta, este día dichoso.

Parecía como si fuese a hipnotizarla con su arrebato.

—Recuerda... Te prometí no cejar hasta encontrarlo.

Las palabras habían sido tan solemnes, que seguían flotando en la habitación a pesar de haberla abandonado él.

Los padres de Josi se miraron, asombrados, sin comprender a qué se debía tanto misterio, y apenas dieron un paso hacia la puerta quedaron con mayor asombro todavía.

Alfredo Gómez volvía a la salita, llevando a Arturo cogido del brazo.

La muchacha varió como por ensalmo la fisonomía de su rostro. Pasó del estupor a la dicha, de la tristeza a la alegría.

La reacción se produjo de manera tajante, fulminantemente.

¿Y por qué?...

No tuvo tiempo de preguntárse-

lo, ni hubiese podido contestarse a satisfacción.

Estaba él allí. Eso era lo único que le importaba.

¿Quería darle el último adiós? Lo aceptaba.

¿Embarcaba en la marina mercante sin terminar la carrera, por buscar cuanto antes dar al olvido sus penas?... Ella rezaría por que lo consiguiera y fuese feliz.

¿Venía a rebelarse, a escapar con ella, sin asustar al amor con la pobreza de su vivir?... Si allí lo proclamaba, si la invitaba a seguirle, su camino era ese.

¿Consiguió Polichinela comprar a Pierrot?... Nada podía reprocharle. También se vendió Colombina, y en la comedieta moderna le tendrían como un invitado a la fiesta, lo que hacía más fácil y tranquila la vida futura.

Sea como fuese, ¡gracias, Dios mío, por haber permitido que viniese! ¡Gracias, aun más, porque al día obscuro le has permitido las claridades del sol! ¡Y todavía gracias, porque arrancaste sin dolor las espadas que tenía clavadas en mi corazón!

Ahora, ahora había en Josita una fuerte expresión de belleza. Las mejillas coloreadas, los ojos alegres, la boca sonriente...

Alfredo Gómez consultó su re-

loj de pulsera, y como era la hora ya, formó la comitiva.

—Arturo: déle usted el brazo a la madrina. Yo, como padrino, le daré el mío a la novia.

¿Qué? ¿Cómo? Pero ¿era verdad?

José, sin palabras con qué expresar su agradecimiento, besó conmovida la mano de Alfredo.

Había conseguido todo su afecto, y consagraría su vida a hacerle feliz.

¡Padrinito bueno!

Ella recordaba; recordaba todas sus palabras, todas sus promesas. "Yo he de sembrar tu vida de muchas más rosas que aquellas del "ballet", para que jamás dejes de reír", y eran las primeras, rosas sangrantes de su propio corazón.

Todo lo había dado por la felicidad de ella: hasta su felicidad misma.

¡Las bendiciones del Altísimo sobre su cabeza!

Y lloró de agradecimiento sobre la mano protectora; lágrimas que abrasaban como el fuego de su alma.

Gómez pasó su pañuelo sobre los ojos de la muchacha:

—No, lágrimas, no. Hoy ha de ser un día feliz para todos... Y puedes crecer, pequeña, que no soy yo de los menos dichosos.

Ya en la amplia escalinata, y cuando sus palabras no podían ser oídas por los demás, agregó:

—Los millones de Alfredo Gómez han sabido emplearse mucho mejor que los estériles millones de Polichinela.

Josita le dirigió una mirada de cariño y apretó su brazo en señal de agradecimiento.

La noticia circuló rápidamente entre los invitados, pero tanta dignidad y hombría de bien había en

ese sacrificio, tan noble se consideró aquel renunciamiento, que nadie se atrevió a hacer ni el comentario más ligero.

Al desprenderse del brazo de Alfredo Gómez para ocupar su reclinatorio al pie del altar, Josita recitó, como en una oración, las palabras que acababa de oírle: "Puedes creer, pequeña, que no soy yo de los menos dichosos", y cerró con su deseo: "¡Así en los días de su vida, y que ésta sea larga y feliz!"

CAPITULO IX

Polichinela moderno

Alfredo Gómez había vencido al mito de Polichinela y al fantasma que todos llevamos dentro.

Durante el descanso del "ballet", y con la excusa de fumar un cigarrillo, abandonando el palco, tuvo ocasión de comprobar con exactitud a la persona que acompañaba a Arturo, y encontró medio de hacerla seguir y de investigar quién era, dónde vivía, sus ocupaciones y un sin fin de detalles complementarios.

La información completa obraba en su poder al día siguiente por la tarde.

En cuanto a Arturo, no se le ocultaba que era su rival, y en cierto modo afortunado, al amor de Josi.

Pero tenía también la convicción de que si la muchacha, definitivamente, se decidía a casarse con él, nada habría de importarle aquella competencia prematura, que quedaría olvidada ante los imperativos

del deber como las flores secas entre las empolvadas páginas de un libro.

Sin embargo, cuando pudo darse cuenta de que, aun salvando esta postura, la pasión de los muchachos estaba en ellos tan fuertemente arraigada, que su mismo desecho resultaba grotesco, y descendiendo, consecuencia por consecuencia, paró a pensar en su posible parangón con ese Polichinela burdo que compraba la posesión de la doncella con sus talegos de oro, reaccionó y tuvo para sí el propósito de ofrecerlo todo en beneficio de la felicidad presentida.

¿Qué importaba él, con su cabeza poblada de canas, ante aquel áureo cabello de Josi, y cuánto más no armonizaba con la raya partida de Arturo, sobre un pelo negro y lustroso como el azabache?

Repasó su vida, y casi no pudo encontrar la certeza de las veces que hubiese obrado bien y de las

que hubiese obrado mal; pero como lo que importa es hacer bien, ya que con ello se obtiene recompensa en esta vida y en la otra, decidió desbaratar la mentira de Polichinela usando de sus mismos procedimientos, y dar una pirueta al final, en prestidigitación fácil, convirtiendo la tragedia en honda comedia humana.

Meditó, y sus meditaciones afloraron la risa a sus labios, pues libre siempre de tropiezos sentimentales había caído en uno que tenía el piso quebradizo, y en vez de provocar su derrumbamiento empujaba a apuntalarlo cuidadosamente: sus meditaciones le demostraban que el milagro era obra de aquella mujer; tan distinta, tan única a las demás que corrieron por su existencia, que aun le sabía a poco su sacrificio.

Y así, con aquella fusión de intereses con el padre de Josita, no vaciló en inyectar nueva savia a empresas comerciales sobre las que tenía un interés relativo; dejó correr su dinero como plataforma de brillo y de lujo para la amada; supo comprender que llegaba tarde, y cuando todo lo dominaba y todo lo podía, haciendo dejación de ese dominio y de ese poder le ofreció el bien supremo, colocándolo en el puesto que ya era suyo al que re-

clamaba el corazón de la infortunada.

Eliminando de su alma las ruindades pretendió llenar las soledades de la vida, seguro de acertar en el bien que podrían darle, con un afecto general y tierno que no se habría de acabar...

El tío Manolo, con el que mantuvo varias conversaciones sobre el caso, fué su colaborador eficaz, activo, diligente y callado. Tramitó él solo los diligenciamientos de la Iglesia y del Juzgado, para que nadie se percatara de la jugarreta que estaban preparando, y le salió todo a las mil maravillas.

Dominó la resistencia de los padres de Arturo, que en un rincón apartado de la Iglesia asistían al casamiento de su hijo, y que tuvieron que aguardar al final de la ceremonia para conocer a su nuera y a sus consuegros y a aquella alma bendita, como ellos le llamaban, de don Alfredo Gómez, que tanta dicha y prosperidad le proporcionaba a su Arturo. Y hasta al propio cadete, para quien se reservaba el puesto de Inspector en las Compañías navieras fusionadas, le tuvo ajeno a cuanto iba a ocurrir, para que su gozo fuera simultáneo al de Josi.

Y su alegría fué tanta, que por

LOS MILLONES DE POLICHINELA

mucho rato creyó estar soñando todavía.

Al repicar gozosas las campanas, avisando el final de la ceremonia, es de presumir el revuelo que entonces levantó en todos el propio contento.

Los felices esposos se besaron emocionados; después Jovita fué hacia Alfredo Gómez con los brazos abiertos y hundió su cabeza sobre el pecho del padrinito bueno. A continuación besó a su padre, conoció a la familia de Arturo, y estuvo mucho rato llorando en los brazos de su madre.

Arturo y Alfredo Gómez se

abrazaron fuertemente. Sin palabras. Posiblemente, ni uno ni otro hubieran sabido qué decirse en aquellos momentos.

No tardó mucho en formarse la comitiva de salida; delante iban los recién casados, con el contento reflejado en su rostro; tras ellos, los padrinos, las damas de honor, los familiares y los invitados.

Y pudiera decirse que era la misma el cortejo triunfal a la realidad de una pareja Pierrot-Cotombina, ascendiendo hacia el Amor, ya que así lo había hecho posible el sacrificio de un moderno Polichinela.

SERVEI DE CINEMATOGRAFIA
ATXU D'ACTIVITAT CULTURAL DE LA
GENERALITAT DE CATALUNYA
BIBLIOTECA

FIN

Números publicados recientemente, con gran éxito:

Pollzón a bordo Escuadrilla Alma de Dios Su hermano y El
Tosca Pimentilla Sarasate El hijo del Caíd
La doncella de la Duquesa Unos pasos de mujer

En preparación:

El pequeñuelo Torbellino Carnet de baile
Cena en el Ritz Porque te vi llorar

Josi de Balle y Guzmán

